

Y Dé Repente TINDER

it's a
MATCH



by MONA HARRIS

Y DE REPENTE... TINDER

Cómo si Cupido hubiera disparado su flecha de azar impredecible, en un algoritmo, nos sentimos atravesados por el magnetismo de las tecnologías, por el misterio de lo que está por conocer. Incertidumbre, esperanza y un toque de surrealismo, todo eso está servido desde el divertido anonimato que nos ofrecen las app de citas.

¿Es esto el amor en tiempos de Tinder? Quizás, solo quizás, haya algo de magia en todo este nuevo universo de redes. Pero aunque hoy parezca que buscamos el amor entre dispositivos electrónicos, puede que el destino siga siendo el mejor de los guionistas para dirigir nuestra vida. Este es el caso de Candela y Alejandro, dos desconocidos que cuando se encuentren por fin, lo harán sin filtros, sin notificaciones. Será cómo en las historias de antes: un cruce de miradas fortuitas que hará que el mundo desaparezca para ambos a su alrededor. Y nosotros, seremos testigos directos de ese instante. De la magia de ese instante único, donde el chispazo de la vida se abre camino sin que nada pueda impedirlo... ¿O sí?

No nos engañemos, no buscamos la perfección.

Buscamos un refugio en la tormenta, un alma que se ría con nosotros cuando el mundo nos parezca un chiste malo. Cuando el fantasma de la incompreensión nos ahogue. El amor puede ser la amistad perfecta con derecho a roce. Es caminar de la mano de la mano de la persona más especial del mundo, al menos para ti. Y es en ese rincón donde el azar y la humanidad se encuentran, donde tal vez descubramos que el amor no es un match, sino un milagro cotidiano.

Amor y Otros Desastres Algorítmicos

Vivimos tiempos extraños, tiempos en los que el amor no se conquista, sino que se desliza. Tiempos en los que una relación comienza con un dedo arrastrando hacia la derecha, como si estuviéramos aprobando un trámite, un formulario que nos lleve a la felicidad. Bienvenidos al reino del Tinder, ese Olimpo de la modernidad donde los dioses ya no lanzan rayos, sino notificaciones. Un mundo donde cada uno de nosotros puede ser un Narciso contemplando su reflejo y un Teseo perdido en un laberinto de fotos filtradas, todo vale.

Nos han vendido el sueño del algoritmo perfecto, esa fórmula mágica que promete encontrar eso que nos falta, como si el amor fuera un producto matemático y no la dulce catástrofe que siempre ha sido. La verdad es que el amor nunca fue simple. Ni en los tiempos de los juglares, ni en las novelas de Jane Austen, ni ahora, en este folletín de perfiles con frases como “amante de los viajes” o “busco a alguien que me haga reír”. ¿Cómo llegamos a esto? ¿Cómo pasamos del romance de Romeo y Julieta, al dudoso arte de seducir con una foto de tu gato y un filtro que te borre las arrugas que seguramente ni te han salido aún?

El problema no es la tecnología. El problema es que seguimos creyendo en esa idea absurda y casi ofensiva de que existe alguien perfecto para nosotros, como si los seres humanos fuéramos piezas de un rompecabezas diseñado por un chino aburrido. ¿Medias naranjas? Por favor. Somos seres enteros, y la mayoría estamos pasaditos de maduros o un poco echados a peder.

Y así, en este mercado de expectativas irreales, conocemos a Candela y Alejandro. Dos personajes que, como todos nosotros, buscan amor, sentido a la vida, o algo que contar en la cena de Navidad. Candela es una romántica cansada de pelis perfectas que nunca se ajustan a su realidad. Alejandro, por su parte, es un cínico periodista, el tipo de hombre que lee la sección de “relaciones” como quien consulta el horóscopo: por curiosidad, pero sin creérselo.

Los caminos de Candela y Alejandro serán paralelos y accidentados, porque vamos a disfrutar con una sucesión de desastres que harían palidecer a cualquier comedia romántica de Hollywood. Candela se encontrará con tipos que confunden “buena conversación” con hablar de su rutina de gimnasio durante dos horas, mientras Alejandro, en su infinita mala suerte, terminará cenando con mujeres al borde de dieciocho ataques de nervios.

Y sin embargo, por algún extraño capricho del destino —o de ese guionista fumado con un pésimo sentido del humor—, estas dos criaturas acabarán cruzándose, pero no en Tinder, no. Lo van a hacer en el lugar más inesperado y peligroso que puedas imaginar, ese lugar donde ya parece no pasar nada interesante para nadie: la calle, ese territorio olvidado donde la vida real todavía ocurre. Allí, sin filtros, sin frases ingeniosas practicadas frente al espejo, se mirarán y, por un segundo, sentirán que todo lo que antes parecía absurdo, ahora comienza a tener un propósito.

Pero no adelantemos nada más, porque antes de llegar a ese encuentro, habrá citas, muchas citas. Y nos vamos reír, te lo aseguro. Algunas citas serán desastrosas nivel Dios, otras serán tan aburridas que desearían haberse quedado en casa fregando el W.C. Y así, entre el desastre y la

rutina, Candela y Alejandro aprenderán algo fundamental que tendrás que descubrir con esta lectura.

Capítulo 1: Candela y la Búsqueda del Amor Perdido

Candela tenía 33 años y una relación muy complicada con el romanticismo. Era de esas personas que lloraban viendo comedias románticas pero decían en voz alta: “Esto no pasa de verdad” mientras secaban discretamente sus lágrimas. Era editora de libros infantiles, aunque soñaba con escribir su propia novela algún día, algo que inevitablemente se quedaba relegado porque siempre había un manuscrito urgente que revisar o un jefe que necesitaba otra “revisión finalísima”.

Candela vivía en un piso pequeño pero acogedor en el centro de la ciudad, lleno de plantas que a duras penas sobrevivían y una gata llamada Greta, que la miraba como si cada decisión que tomaba fuera un insulto personal. La decoración del lugar era una mezcla de muebles de IKEA, recuerdos de viajes frustrados y libros apilados en todos los rincones.

Hasta hacía seis meses, Candela había creído que su vida amorosa estaba en un buen lugar. Llevaba casi cinco años con Marcos, un arquitecto con afición por los documentales de pingüinos y una colección absurda de tazas. Pero un día, mientras revisaba un manuscrito particularmente malo sobre un unicornio detective, Marcos llegó a casa, se sentó frente a ella y anunció que “necesitaba encontrarse a sí mismo”. La frase fue tan cliché que Candela no supo si reír o gritar.

Lo dejó marchar, porque aunque su corazón quería colgarse de su pierna y suplicarle que no se fuera, su orgullo le impidió hacerlo. En los días y semanas siguientes, descubrió que "encontrarse a sí mismo" significaba mudarse a un piso compartido y comenzar a salir con una profesora de yoga que hacía kombucha casera. Candela se sintió humillada, aunque fingió no estarlo, y se sumergió en su trabajo con una determinación casi enfermiza.

Un día, mientras almorzaba con sus amigas, una de ellas, Sara, sugirió que se uniera a Tinder. “No tienes que tomártelo en serio, Candela. Es como una feria: te paseas, ves qué hay, pruebas algún churro”. Sara tenía el don de convertir cualquier conversación en una metáfora culinaria.

Al principio, Candela se negó. “No necesito una aplicación para conocer a alguien”, dijo con orgullo. Pero la verdad era que hacía meses que no conocía a nadie interesante, ni siquiera por accidente. Tras semanas de insistencia, una botella de vino y una noche particularmente solitaria, Candela descargó la aplicación.

Eligió sus fotos con cuidado: una de ella en un parque (casual, pero atractiva), otra con Greta (para mostrar que era "una persona normal, pero también sensible"), y una última en un festival de música (aventurera, pero accesible). En su descripción escribió: “Editora de libros infantiles. Amante del café, las plantas y los días de lluvia. A veces divertida, siempre sarcástica”. Greta la miró con desprecio desde el sofá.

Y así comenzó el viaje de Candela en el mundo de las citas digitales, un universo paralelo donde el amor era un juego de probabilidades y la decepción venía en forma de mensajes como: “Hola,

guapa. ¿Qué buscas aquí?”

Capítulo 2: Alejandro y el Arte del Desapego

Alejandro tenía 36 años y un historial amoroso tan accidentado que a veces parecía un experto en sabotear relaciones. Era escritor freelance y colaboraba con varias revistas, aunque su gran pasión era su blog, donde escribía ensayos mordaces sobre la vida moderna con títulos como “Por qué la gente se deja estafar emocionalmente” o “Cómo sobrevivir al networking sin perder tu alma”.

Vivía en un apartamento minimalista que reflejaba su visión cínica de la vida: paredes blancas, muebles funcionales y ni una sola planta. Decía que no tenía mascotas porque viajaba demasiado, aunque en realidad lo que no quería era otra cosa viva dependiendo de él.

Alejandro había estado en varias relaciones, pero ninguna duraba más de dos años. Su última pareja, Laura, lo había dejado hacía casi un año. Era fotógrafa y una de esas personas que irradiaban energía positiva, algo que al principio le pareció refrescante pero que con el tiempo empezó a agotar. La ruptura fue civilizada, aunque Alejandro sospechaba que Laura todavía le guardaba cierto rencor por referirse a su colección de piedras como “basura espiritual”.

Tras meses de estar soltero, Alejandro se acostumbró a su rutina: escribir por las mañanas, ir al gimnasio por la tarde y, ocasionalmente, salir a tomar algo con sus amigos, quienes siempre intentaban convencerlo de que “abrirse” al amor no era tan malo. Un día, uno de ellos, Mario, le mostró Tinder. “Es como un videojuego, pero con personas reales. Mira, deslizas a la derecha si te gusta y a la izquierda si no. Fácil”.

Alejandro puso los ojos en blanco, pero una semana después, en un momento de aburrimiento existencial, descargó la aplicación. Su perfil fue deliberadamente escueto: una foto de él mirando al horizonte, otra con una copa de vino y una descripción que decía: “Escritor freelance. Experto en sarcasmo. Aspirante a ermitaño”.

Al principio, Alejandro pensó que usar Tinder sería divertido. Un experimento social, se decía. Pero no tardó en darse cuenta de que la experiencia era más surrealista de lo que había anticipado. Las conversaciones eran extrañas, las expectativas, altísimas, y los perfiles... bueno, digamos que no todo el mundo entendía que posar junto a un pez gigante no era sexy.

Y así, Candela y Alejandro, dos personas muy diferentes pero igual de desilusionadas, entraron en el caótico mundo de las citas digitales, sin saber que sus caminos estaban destinados a cruzarse. Pero antes de llegar a ese encuentro crucial, tendrían que sobrevivir a una serie de citas que harían que hasta los peces gigantes parecieran una buena idea.

Capítulo 3: Candela y el festival de las luciérnagas estrelladas

Candela nunca había sido el tipo de persona que planeaba su vida al milímetro, pero tampoco imaginaba que, a los 33 años, estaría descargando aplicaciones de citas mientras Greta la juzgaba desde el sofá. A pesar de la incomodidad inicial, se había lanzado a la tarea con cierto entusiasmo: deslizar perfiles, leer biografías, y tratar de no desesperarse con las fotos de tipos posando sin camiseta frente al espejo del baño.

Con el paso de los días, Candela empezó a notar un patrón inquietante: la mayoría de los hombres que encontraba en Tinder tenían una fascinación inexplicable por dos cosas: los deportes extremos y las motos. Aunque ella no tenía nada en contra de eso, tampoco era el tipo de persona que veía su futuro descendiendo en parapente de una montaña. ¿Dónde estaban los hombres normales? Los que también apreciaran una tarde tranquila leyendo, o que, al menos, no describieran su personalidad como “aventurero” con cinco emojis de fuego.

Un martes por la tarde, mientras revisaba un manuscrito sobre un panadero que quería ser florista (una historia adorable, aunque algo predecible), recibió su primer mensaje en la aplicación. Se trataba de un tipo llamado Lucas, cuya biografía solo decía: “Amante de la nutrición y del gimnasio”. El mensaje era simple: “Hola, guapa. ¿Qué tal tu día?”. Candela respondió con educación, aunque no tardó en darse cuenta de que la conversación era un monólogo de Lucas hablando de su rutina de pesas y su última dieta keto.

Por supuesto, no todos los contactos eran malos. Hubo algunos perfiles que llamaron su atención: un músico con una sonrisa encantadora, un chef que parecía genuinamente interesante, y un fotógrafo cuya “bio” incluía la frase: “Busco a alguien que no huya si me pongo filosófico sobre la luz y las sombras”. Candela no podía evitar imaginarse en una cita romántica con alguno de ellos, riéndose entre copas de vino y compartiendo confidencias.

Sin embargo, cada vez que se acercaba a concretar una cita, algo dentro de ella titubeaba. “No quiero parecer desesperada”, se decía, mientras posponía los planes con excusas vagas. En el fondo, tenía miedo. Miedo de exponerse, de ser rechazada, de volver a sentirse como aquella noche en la que Marcos se marchó.

Una noche, después de un largo día de trabajo, decidió que era hora de enfrentar su miedo. “Basta de excusas”, dijo en voz alta, aunque solo Greta la escuchaba. Con una copa de vino en la mano, volvió a abrir la aplicación y envió un mensaje al fotógrafo filosófico. Al fin y al cabo, no podía ser peor que quedarse en casa imaginando escenarios que probablemente nunca sucederían.

Capítulo 4: Alejandro y su idea de Sobrevivir

Mientras Candela lidiaba con sus dudas existenciales frente a Tinder, Alejandro estaba aprendiendo una lección fundamental: por muy cínico que seas, el mundo de las citas digitales siempre puede sorprenderte... para bien o para mal.

Alejandro había comenzado usando la aplicación como un experimento social, pero pronto descubrió que era más como un reality show en el que él no entendía las reglas. Las primeras semanas fueron un desfile de perfiles que le dejaban más preguntas que respuestas. ¿Por qué tantas personas posaban junto a peces? ¿De verdad alguien necesitaba especificar que “ama el sushi”? ¿Y por qué la frase “busco a alguien que me haga reír” estaba en casi todas las biografías?

A pesar de sus dudas, había decidido tomarse el asunto en serio, o al menos intentarlo. Después de todo, su mejor amigo, Mario, no dejaba de recordarle que “el amor no va a tocarte la puerta, Alejandro”. Y aunque detestaba admitirlo, Mario tenía razón. Alejandro era demasiado bueno buscando excusas para no salir: que tenía demasiado trabajo, que la ciudad estaba llena de turistas, que las citas eran incómodas. Pero la verdad era que tenía miedo. No de las citas en sí, sino de lo que venía después. De encariñarse, de volver a fracasar.

Después de semanas de deslizamientos indecisos, un perfil llamó su atención. Era una mujer llamada Laura (otra Laura, pensó, un poco incómodo), que parecía interesante sin esforzarse demasiado. Su biografía decía simplemente: “Leo más de lo que debería, y hablo menos de lo que me gustaría” “Sueño contigo”. Alejandro no podía resistirse a alguien que apreciara las palabras tanto como él.

Le envió un mensaje, algo sencillo pero honesto: “Hola, Laura. Me gusta la manera en que describes tu relación con los libros. ¿Cuál es el último que leíste?”. Para su sorpresa, ella respondió casi de inmediato, y antes de darse cuenta, estaban hablando de literatura, de viajes y de películas que ninguno había terminado de entender.

La conversación fluyó tan bien que, por primera vez en meses, Alejandro consideró la posibilidad de una cita. Sin embargo, no pudo evitar que su cinismo interviniera. ¿Y si no era como parecía? ¿Y si en persona no conectaban? ¿Y si la cita era un completo desastre?

Pero había algo en Laura que lo animaba a arriesgarse. Así que, después de pensarlo mucho, decidió invitarla a tomar un café. Era un paso pequeño, pero para Alejandro, que podría ser importante. Mientras enviaba el mensaje con la invitación, no pudo evitar pensar que, tal vez por primera vez en mucho tiempo, sentía una chispa de emoción. Algo que no había sentido desde hacía tiempo.

Alejandro entró en la cafetería, esperaba algo que se asemejara a lo que Laura había prometido ser en sus fotos: alguien interesante, relajada, amante de los libros y los viajes. Soñadora. Pero nada, nada en su perfil lo había preparado para lo que estaba a punto de descubrir.

Laura llegó con puntualidad, con una entrada digna de una aparición divina. Vestía una túnica de lino color tierra, adornada con collares de cuentas que tintineaban con cada paso. Su cabello, largo y suelto, estaba decorado con lo que Alejandro juraría que eran hojas de eucalipto, o lo que su madre solía poner a la ensalada, rúcula. En una mano llevaba una botella de cristal con un líquido marrón turbio y, en la otra, un palo envuelto en un trapo oscuro.

—Hola, Alejandro. —Dijo con una sonrisa serena mientras dejaba la botella sobre la mesa—. Espero que no te importe, pero traje un poco de yagé. Me ayuda a conectar mejor con la energía de las personas.

Alejandro levantó una ceja, sin saber si estaba bromeando o completamente seria.

— ¿Yagé? ¿Eso es...?

—Ayahuasca. —respondió Laura, mientras lo miraba como si hubiera dicho algo obvio—. Pero no te preocupes, no pienso obligarte a beberla... a menos que quieras descubrir cosas sobre ti que nunca imaginaste. Sé que resulta tentador, y déjame decirte que nadie puede resistirse.

Alejandro soltó una risa nerviosa. Definitivamente, esto no era lo que había imaginado para una primera cita.

Laura pidió un té de hierbas y se acomodó en la silla, cruzando las piernas con una elegancia que contrastaba con lo excéntrico de su atuendo. Parecía perfectamente cómoda, como si estuviera en su propia casa. Mientras hablaban de temas triviales, Alejandro notó que Laura tenía una manera extraña de observarlo, como si lo estuviera estudiando.

—Entonces, ¿a qué te dedicas? —preguntó él, tratando de mantener la conversación en terreno seguro.

—Dirijo talleres de sanación. —Respondió ella con total naturalidad—. Ayudo a las personas a reconectar con su esencia divina y a liberar los bloqueos energéticos que han acumulado durante vidas pasadas.

Alejandro parpadeó. Esa no era la respuesta típica que esperaba de alguien que mencionaba "emprendedora espiritual" en su perfil.

— ¿Y cómo funciona eso? —preguntó, más por curiosidad que por genuino interés.

—Es simple. Lo que hago es que creo un espacio sagrado, preparo el brebaje que mis talleristas deben beber y después los guió en su viaje interno. Luego la gente ve lo que tiene dentro. Algunos ven colores. Otros ven sus vidas pasadas. Hay de todo. Bueno yo... yo veo cosas más claras. Veo el futuro.

— ¿El futuro? —repitió Alejandro, con una sonrisa nerviosa.

—El futuro. Y por cierto, te vi a ti. —Laura se inclinó hacia adelante y habló en voz baja, como si le estuviera confiando un secreto sagrado—. Estabas conmigo. Estábamos casados, en realidad, viviendo en una plantación en Perú, cultivando plantas sagradas para expandir la conciencia humana. Una delicia.

Alejandro no pudo evitar reírse. No porque no la creyera—o tal vez sí—, sino porque la seriedad de su expresión hacía todo más surrealista.

— ¿Una plantación de psicotrópicos? —preguntó, tratando de sonar casual.

—No cualquier plantación. Una dedicada a la transformación espiritual de la humanidad. Tú eras quien preparaba los brebajes, y yo guiaba las ceremonias. Fue hermoso.

Alejandro tomó un sorbo de su café, preguntándose en qué momento esta cita se había convertido una peli de terror.

— ¿Y estas visiones... cómo sabes que son reales? —preguntó, genuinamente intrigado.

—Porque todo lo que he visto mientras estoy en trance termina pasando. —Respondió Laura con total convicción—. Vi a mi prima casarse con un hombre que conoció en un festival de música indi, y ahora tienen tres hijos. Vi a mi gato escaparse y volver tres días después, como si nada. Y te vi a ti, Alejandro. Vi tu cara, vi tus manos... cultivando la tierra junto a mí.

La conversación continuó con Laura relatando sus experiencias en ceremonias pasadas, cada una más extraña que la anterior. Desde gente que aseguraba haber hablado con extraterrestres hasta un hombre que, tras una sola dosis, renunció a su trabajo en Wall Street para dedicarse a tallar figuritas de madera en Bali. Pero entonces, Laura dejó caer otra bomba.

—Hay algo más que debo contarte. —dijo, con un tono solemne que hizo que Alejandro dejara de jugar con su taza.

—Claro, adelante. —respondió, ya resignado a cualquier cosa.

—Durante mi último retiro, tuve una visión muy intensa. Vi a alguien que intentará detenernos. Una figura masculina, vestida de negro, con un símbolo extraño en la mano. Estoy casi segura de que trabaja para una corporación farmacéutica. Nos querrán silenciar porque nuestra misión será demasiado poderosa. Seguro que es algo así.

Alejandro la miró fijamente, y luego mi madre quiere que siente la cabeza, pensó con recochineo.

— ¿Y qué quieres que hagamos con todo eso que has soñado? —preguntó, con una mezcla de incredulidad y humor.

—Nos prepararemos. Por eso estoy aquí contigo, Alejandro. Este encuentro no es casualidad. Es el primer paso hacia nuestra misión juntos.

Alejandro se quedó en silencio, observando a Laura mientras ella lo miraba con una mezcla de intensidad y serenidad. Por un momento, pensó en levantarse y salir corriendo. Pero lo que esperaba que es que alguien entrase por la puerta para decirle: ¡¡Inocente!! Pero no fue así. Aquella mujer estaba planteándole el tema en serio. Alejandro comprendió que lo mejor era salir por patas de allí sin mirar atrás.

Se despidió de la forma más educada posible, prometiendo mantenerse en contacto. Ella lo vio marcharse, pensando con rotundidad que en algún momento el destino los volvería a unir.

Alejandro caminó en dirección a su casa, no sabía si lo que acababa de vivir era una cita, una sesión de reclutamiento para una secta o el guion de una obra de teatro sin estrenar. Lo único que tenía claro era que Laura había dejado una impresión imposible de olvidar.

Sacó su teléfono para revisar las notificaciones, y no pudo evitar reírse en voz alta al imaginarse a sí mismo, vestido con túnicas, cultivando plantas sagradas en una remota selva peruana.

Capítulo 5: El Amor es una Trampa

Marco era, a ojos de todos, el novio perfecto. Era el tipo de hombre que siempre llegaba puntual a las citas, que recordaba aniversarios con la precisión de un reloj suizo y que, cuando hablaba de su novia, usaba palabras como "mi vida", "mi luz" y otras expresiones sacadas de canciones de baladas ochenteras. Su Instagram estaba lleno de fotos románticas, con captions como "El amor verdadero sí existe" y "Ella es mi todo". Pero en su interior, Marco guardaba un secreto tan grande como su ego: era un infiel compulsivo.

Lo curioso era que Marco no veía contradicción alguna en sus actos. Según él, querer a Martina, su novia, era algo puro y sagrado. Lo otro, lo que hacía en la oscuridad de los mensajes directos y los hoteles baratos, no contaba. "Son cosas separadas", se decía, convencido de que su doble vida era un equilibrio casi filosófico.

Todo iba bien hasta que Martina, que no era tonta pero sí paciente, decidió comprobar algo que llevaba tiempo sospechando. Una tarde, mientras Marco se duchaba tras una intensa sesión de proclamaciones de amor eterno, su móvil vibró en la mesita. Martina, impulsada por un sexto sentido ancestral, lo tomó. Lo que encontró no fue solo una prueba, sino un museo del descaro: decenas de mensajes picantes, selfies provocadoras enviadas a otras mujeres y propuestas que dejaban claro que Marco tenía más tiempo libre del que aparentaba.

Cuando Marco salió del baño, secándose el cabello con una toalla como si nada pudiera perturbar su perfección, se encontró con Laura sentada en el borde de la cama, sosteniendo su móvil como si fuera una prueba forense.

— ¿Qué es esto, Marco? —preguntó con una calma que era más aterradora que cualquier grito.

Él, por supuesto, activó el protocolo de emergencia de los hombres infieles:

—No es lo que parece. —Se acercó a ella con las manos en alto, como si enfrentara a un policía armado—. Estás malinterpretando las cosas, Martina. Te estás volviendo loca.

Martina no se dejó intimidar. Le mostró uno de los mensajes, en el que Marco había escrito: "Eres la mujer más sexy que he conocido, pero no puedo decírtelo en público porque mi novia es muy celosa". Marco tragó saliva, pero aún tenía una carta que jugar.

—Está bien, está bien... —confesó finalmente, alzando las manos en señal de rendición—. Sí, he hablado con otras mujeres, pero no significa nada. Tú eres mi única, la mujer que amo de verdad. Esto... esto es una necesidad. Un instinto, ¿sabes? No tiene nada que ver con nosotros.

Martina lo miró con una mezcla de incredulidad y lástima.

— ¿Un instinto? ¿Es eso lo que soy para ti? ¿Un peaje en tu autopista de instintos?

Durante los días siguientes, Martina decidió dejarlo. Marco, desesperado, llenó su buzón de mensajes y su puerta de flores, cada una acompañada de disculpas que parecían más excusas. Pero Martina, lejos de caer en la trampa, decidió tomar otra estrategia. Cuando finalmente aceptó verlo, lo hizo con una propuesta tan inesperada como devastadora.

—Marco, tienes razón —le dijo mientras él la miraba con ojos de cordero arrepentido—. Tal vez estamos atrapados en una idea anticuada del amor. Propongo que tengamos una relación abierta.

Tú puedes estar con otras mujeres y yo puedo estar con otros hombres. Así somos libres y felices.

Marco, que inicialmente pensó que había ganado, se quedó petrificado. ¿Martina, con otros hombres? ¿Esa idea que sonaba tan bien para él en teoría ahora se aplicaría también a ella?

—Ehhh... claro, claro, si eso es lo que quieres... —dijo, aunque su sonrisa era más falsa que un billete de tres euros.

El verdadero drama comenzó semanas después, cuando Martina tuvo su primera cita. Marco, que hasta entonces había manejado la situación como un mártir moderno, no pudo soportarlo. La idea de otro hombre cenando con ella, riéndose de sus chistes, mirándola como si fuera la última Coca-Cola en el desierto, lo llenó de unos celos que no había sentido jamás.

Cuando Martina volvió esa noche, Marco estaba en el sofá, con cara de perro abandonado.

— ¿Cómo te fue? —preguntó, intentando sonar casual, aunque sus dedos tamborileaban con furia en el reposabrazos.

—Muy bien, gracias. Es un chico encantador —respondió ella, sin entrar en detalles, lo que solo alimentó la imaginación paranoica de Marco.

La escena se repitió varias veces. Cada vez que Martina tenía una cita, Marco perdía la compostura. Llegó a fingir que se encontraba "por casualidad" en los lugares donde ella estaba, con excusas cada vez más ridículas. Incluso una vez apareció en una cita de Martina vestido con gafas de sol y un sombrero de ala ancha, como si fuera un espía en una película de bajo presupuesto.

Finalmente, Martina lo enfrentó.

—Marco, ¿qué pasa? Esto era lo que querías, ¿no? Libertad para los dos.

— ¡Pero esto no está bien! —explotó él—. ¡Tú no puedes estar con otros hombres! ¡Eso te hace... ya sabes, te hace una cualquiera!

Martina lo miró fijamente, sus ojos ardiendo de una furia contenida.

— ¿Ah, pero tú sí puedes? ¿Y eso qué te hace a ti, Marco? ¿Un héroe?

Él no supo qué responder. Durante un largo silencio, ambos se quedaron mirándose, hasta que Martina se levantó, tomó sus cosas y se dirigió a la puerta.

— ¿Sabes cuál es tu problema, Marco? —dijo sin volverse—. Crees que el amor es un juego en el que tú siempre ganas, pero el verdadero desengaño es descubrir que tú nunca fuiste ni siquiera un jugador. Solo una pieza más en el tablero. ¿Quién te has creído que eres? ¿Acaso eres tan estupendo que te crees con derecho a hacer lo que te dé la gana y que yo lo aguante? Eres un mediocre que no sabe valorar lo que tiene. Eres tan pequeño, vales tan poco que tienes que ir enamorando a mujeres para sentirte que eres algo. Pero no te equivoques porque no me llegas ni al zapato.

Y se marchó, dejando a Marco sentado en el sofá, enfrentándose a su propio reflejo en la pantalla del móvil que tantas veces había usado como arma de su egoísmo. Ese reflejo, al igual que su amor, era vacío. Y como cabeza hueca que no escarmienta, Marco abrió Tinder con la esperanza

de encontrar a la mujer que le hiciera olvidar el mal rato que le había dado su adorada y engañada Martina.

Capítulo 6: La Cena del Pesimismo

Candela nunca había sido fan de Tinder, pero esa noche lluviosa, entre una copa de vino y una tanda de canciones melancólicas, decidió darle otra oportunidad a la aplicación del infierno. Y ahí estaba él, Daniel, con su perfil perfectamente calculado: "Amante de los libros, el café y las conversaciones embriagadoras del perfume de magnolia". La foto mostraba un hombre con barbita cuidada, gafas de intelectual y una sonrisa tímida que prometía algo de misterio. Parecía, al menos en teoría, interesante.

Cuando acordaron la cita, Candela no pudo evitar emocionarse. Hacía tiempo que no salía con alguien nuevo, y su optimismo habitual le hacía creer que, tal vez, esa noche podría convertirse en una de esas historias que luego puedes contar en una reunión de amigas. Se puso su vestido rojo favorito y llegó al pequeño café para bohemios donde habían quedado.

Él ya estaba allí, sentado en una esquina, vestido de negro de pies a cabeza. Parecía un poema de Baudelaire encarnado, con la mirada fija en una taza de café como si fuera el único objeto digno de su atención. Cuando la vio, se levantó con una sonrisa breve y un apretón de manos que duró un segundo más de lo necesario.

—Hola, Candela. —Su voz era profunda, pausada, como si cada palabra fuera un ladrillo que debía colocar cuidadosamente para evitar el derrumbe.

—Hola, Daniel. —Candela sonrió con esa energía contagiosa que hacía que todos se sintieran cómodos—. ¿Qué tal tu día?

Él suspiró. Un suspiro largo, dramático, que parecía extraído directamente de un manual de tragedia griega.

—Difícil, como siempre. Pero bueno, estoy acostumbrado. La vida, ya sabes... no suele ser amable conmigo.

Candela parpadeó, intentando interpretar si eso era una broma o el inicio de un monólogo. Optó por cambiar de tema:

—Bueno, ¡qué lugar tan bonito escogiste! Me encanta el ambiente.

Daniel asintió lentamente, como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros.

—Sí, es bonito... aunque a veces pienso que la belleza es una cruel ironía. Algo que te recuerda constantemente lo que nunca podrás tener.

Candela soltó una pequeña risa, creyendo que quizá había algo de humor oculto en su comentario. Pero no, Daniel hablaba en serio. Y así comenzó la noche.

A lo largo de la cita, Daniel se dedicó a desgranar su biografía como si fuera el protagonista de una novela trágica mal escrita. Su primera relación terminó porque su exnovia, según él, "no supo entender su sensibilidad". La segunda, porque "esperaba demasiado de él, como si él fuera un hombre común, no un alma herida". La tercera, "una mujer fría", le había pedido que dejara de llamarla todos los días para preguntarle si aún lo quería.

—Siempre he buscado una mujer que pueda cuidarme, que me comprenda, que entienda que mi

vida ha sido... difícil. —Dijo esto con una voz que parecía a punto de quebrarse.

Candela, que en un principio había intentado ser empática, empezaba a sentirse atrapada en una cita que parecía un capítulo perdido de Crimen y Castigo. Decidió intentar un giro optimista.

—Bueno, quizá la clave no sea buscar a alguien que te cuide, sino alguien con quien puedas crecer juntos, ¿no crees? Como un equipo.

Daniel la miró como si acabara de decir algo profundamente ofensivo.

—Eso es fácil para ti decirlo, Candela. Se nota que tú has tenido una vida más sencilla, sin las cicatrices que yo cargo.

Candela apretó los labios para no decir lo primero que le vino a la mente. En cambio, decidió probar con un toque de humor.

—Bueno, todos tenemos cicatrices, Daniel. Aunque algunas son invisibles. Como aquella vez que creí que podía cortarme el flequillo sola... aún me duele al recordar las fotos.

Él no rio. Ni siquiera sonrió. Solo la miró con una mezcla de incomprensión y condescendencia.

—Creo que no me estás tomando en serio.

— ¡Oh, claro que sí! —Respondió Candela, un poco a la defensiva—. Es solo que... bueno, a veces reírse de uno mismo también ayuda.

Daniel negó con la cabeza, como si ella acabara de confirmar lo que ya sabía: nadie lo entendía.

—Ese es el problema de siempre. Las mujeres nunca entienden la profundidad de lo que siento. Siempre quieren que todo sea risas y diversión. Pero yo no soy así. Soy... diferente.

Candela, que ya estaba revisando mentalmente su salida estratégica, decidió no contenerse más.

—Daniel, no es que las mujeres no te entiendan. Es que a lo mejor no están buscando ser tu psicóloga o tu madre. Quizá lo que quieren es alguien con quien compartir cosas, no cargar con tu tragedia.

Él pareció herido, pero no lo suficientemente herido como para quedarse callado.

—Típico. Siempre minimizando lo que siento. Por eso siempre termino solo.

Candela terminó su café de un sorbo y decidió que era hora de irse. Cuando el camarero trajo la cuenta, Daniel no hizo ademán de mover un dedo. Candela pagó, considerando que era un pequeño precio para salir de ahí.

Antes de irse, decidió dejarle algo de su sabiduría optimista.

—Daniel, quizá el problema no es que nadie te entienda. Quizá el problema es que tú no entiendes que todos tenemos nuestras propias batallas, y cargar a alguien con las tuyas no es amor, es egoísmo.

Daniel no respondió. La miró con ojos vidriosos, como si ella acabara de convertirse en el villano de su historia.

Cuando Candela salió del café, respiró el aire fresco de la noche con alivio. Mientras caminaba hacia su casa, pensó en lo irónico que era que alguien pudiera reclamar tanto amor sin tener nada que ofrecer a cambio. Y decidió que, a partir de ese día, confiaría menos en perfiles misteriosos y

más en el sentido común. De ahora en adelante sería más precavida a la hora de seleccionar su próxima cita. Lo extraño sería encontrar a alguien maravilloso que te cuadre en todos los sentidos. Se sintió demasiado ingenua, dos frases no describen el temperamento de nadie. La cita había sido un auténtico bodrio. Pero el alivio que sintió cuando lo dejó atrás fue tan agradable que se consideró bien pagada. “Pobre la próxima que quede con él”, pensó. A veces la mejor cita que puedes tener es contigo misma.

Capítulo 7: El Payaso de la pista

Candela estaba decidida a no juzgar a nadie más por sus perfiles de Tinder. Después de Daniel, el príncipe de las tinieblas que no el de las sombras de Grey, había prometido que no se dejaría llevar por primeras impresiones. Pero cuando vio la biografía de Javier —"Apasionado por la vida, experto en chistes malos y amante de los perritos calientes (literal y figurativamente)"—, algo dentro de ella dijo: ¿Por qué no?

La cita fue en un bar de tapas con luces cálidas y música en vivo. Cuando Candela llegó, lo encontró de pie junto a la puerta, con una camisa hawaiana llena de flamencos y una sonrisa que parecía capaz de iluminar un estadio.

— ¡Candela! —Exclamó, abriendo los brazos como si fueran amigos de toda la vida—. Qué alegría verte. ¿Tú también estás emocionada por esta cita, o soy yo quien está exagerando?

Candela rio, más por nervios que por otra cosa.

—Sí, claro, emocionada.

— ¡Genial! Porque yo estoy tan emocionado que casi me pongo a dar volteretas camino aquí. Pero me acordé de que no sé dar volteretas. —Soltó una carcajada tan sonora que algunos comensales se giraron a mirarlos.

Desde el principio quedó claro que Javier era una fuerza de la naturaleza. Hablaba rápido, hacía chistes de todo y parecía tener un repertorio infinito de juegos de palabras. Cuando el camarero llegó con las cartas, Javier miró a Candela con ojos chispeantes.

—Espero que no seas alérgica a la risa, porque soy experto en hacer chistes muy malos.

Candela dejó escapar una risita nerviosa. Algo en él la desconcertaba, como si estuviera en medio de un espectáculo de stand-up del que no podía escapar.

—Entonces, Candela, cuéntame algo interesante sobre ti. Pero, por favor, nada normal. Sorpréndeme. Si me dices que coleccionas sellos, prometo que me pondré a llorar aquí mismo.

—Bueno... —Candela pensó un momento—. Me gusta cantar en la ducha. Aunque mi vecino me dejó una nota diciendo que debería dedicarme a la mímica. Se sintió ridícula, el comentario parecía de una adolescente, pero no se le ocurrió nada más original con lo que sorprenderlo.

Javier dio una palmada en la mesa, encantado.

— ¡Eso es fantástico! Yo también canto en la ducha, pero tengo el problema opuesto. Mi vecino me pidió que cantara más alto porque dice que soy mejor que su lista de los 40 principales. Y bueno, ¡es difícil ser humilde! Porque además, sé que lo hago muy bien. Y no solo cantar, ya me entiendes.

Candela no pudo evitar reírse. Javier era completamente opuesto a Daniel: donde uno era una nube gris, el otro era un carnaval ambulante. Pero había algo agotador en tanta alegría constante. Intentó desviar la conversación hacia algo más profundo.

— ¿Y tú, Javier? ¿Qué buscas en Tinder?

Él hizo una pausa teatral, llevándose una mano al mentón como si estuviera reflexionando profundamente. La pregunta le aburría considerablemente, era la misma de siempre. ¿Y yo qué

sé qué busco? Se dijo para sí.

—Busco... un alma gemela con quien compartir mi amor por los perritos calientes, las hamburguesas smash y los chistes malos sobre vegetarianos. Alguien que no me juzgue por llorar durante las películas de Pixar. ¡Ah, y que no se asuste si bailo mientras hago la compra!

Candela arqueó una ceja.

— ¿Eso es en serio?

—No. Bueno, sí. Pero no. —Rio, lanzando un guiño exagerado—. Lo que realmente busco es alguien con quien reírme. Y si no funciona, al menos podemos recordar esta cita como "la noche en que conociste a un tipo que debería estar en un manicomio".

Candela intentó profundizar un poco más, aunque parecía una tarea imposible. Javier era una especie de niño travieso sin más pretensiones.

— ¿Pero qué hay del amor? ¿De las relaciones largas, del compromiso?

Javier se encogió de hombros, sonriendo. ¿Por qué todas las mujeres solo piensan en compromisos? Es como si no estuvieran capacitadas para divertirse sin más. Mujeres mutiladas por un pensamiento arcaico que lejos de defender su libertad, solo buscan esclavizarse a un tío, novio, marido, padre.

—Ah, el amor... ¿Quién necesita el amor? La amistad es mucho mejor, aunque te pueda resultar difícil de entender al principio, cuando le agarras el gusto, ¡te encanta! La amistad siempre es mejor que el amor mal entendido.

Candela suspiró, entre divertida y frustrada. Los hombres siempre tan frívolos, pensó. Era imposible mantener una conversación con profundidad con un tipo que todo lo toma a broma o con poco interés.

— ¿Siempre haces chistes de todo?

—Claro que no —respondió él, poniéndose serio por primera vez—. Hay cosas con las que no se bromea... como el precio del aguacate. ¡Es un escándalo! —Y estalló en otra carcajada.

La noche continuó con Javier improvisando chistes sobre cada plato que pedían, imitando al camarero y haciendo juegos de palabras con todo lo que veía. Candela se reía, pero también empezaba a sentirse agotada. Finalmente, cuando trajeron la cuenta, Javier la miró con un brillo pícaro en los ojos.

—Bueno, Candela, ¿qué te pareció esta cita? ¿Un desastre o una comedia romántica con posibilidad de continuación?

Ella sonrió, buscando las palabras adecuadas.

—Creo que eres... refrescante. Aunque no sé si podría seguirte el ritmo todos los días. Me gustan los hombres con más peso intelectual. No me mal intérpretes, lo he pasado bien, pero creo que te tomas las cosas demasiado a chiste, me cuesta seguirte. Creo que estamos en diferente sintonía, pero me parece un buen tío.

Javier se llevó una mano al corazón, fingiendo una herida mortal.

— ¡Ay, Candela, cómo me hieres! Pero lo acepto. Eres una mujer sabia. Yo soy como el

chocolate: divertido en pequeñas dosis, pero si abusas, te empalaga. Lo comprendo.

Mientras se despedían en la puerta, Candela se sintió aliviada y, al mismo tiempo, extrañamente contenta. Javier no era lo que buscaba, pero había aprendido algo importante.

El desengaño no siempre es trágico. A veces, se trata simplemente de darse cuenta de que no todos los fuegos artificiales valen la pena, aunque iluminen el cielo por un momento. Y con esa reflexión, Candela se fue caminando a casa, sonriendo ante la absurda historia que tenía para contar.

Capítulo 8: Pegados al Desengaño

Candela siempre había pensado que, después de Daniel el triste hombre pesimista y Javier el payaso, Tinder ya no podía sorprenderla con ningún otro elemento. Pero entonces apareció Emilio. Su perfil era intrigante, lleno de frases como "El vínculo lo es todo" y "La verdadera fuerza está en la unión". Durante una semana intercambiaron mensajes. Emilio resultó ser atento, curioso, y con un humor amable y tranquilo. Lo único que le llamaba la atención era su constante mención de su hermano, Pablo.

—Mi hermano y yo lo hacemos todo juntos —le había dicho Emilio en uno de sus mensajes—. Somos inseparables.

Candela, imaginándose un vínculo fraternal entrañable, pensó que era adorable. Qué lindo que tenga a su hermano como apoyo constante, pensó, sin saber que el concepto de "inseparable" estaba a punto de adquirir un significado muy literal.

Cuando llegaron al restaurante, Candela los vio. Al principio no entendió lo que estaba viendo. Emilio estaba ahí, como esperaba, pero también estaba Pablo. Y no solo estaban juntos: estaban pegados. Literalmente. Unidos por el brazo derecho, como si alguien hubiera decidido que compartir un vínculo familiar no era suficiente.

Emilio, el más extrovertido, se adelantó con una sonrisa amplia.

— ¡Candela! Qué alegría verte en persona.

Pablo, que hasta entonces se había mantenido ligeramente detrás, asomó la cabeza y añadió con una sonrisa socarrona:

—Y a mí también, claro.

Candela, que se esforzaba por mantener su sonrisa intacta, extendió la mano.

—Hola... encantada. —Pablo la miró fijamente mientras le estrechaba la mano con la que no estaba unida a Emilio. Fue un apretón prolongado y un poco... extraño.

Se sentaron en una mesa para tres, aunque las sillas para Emilio y Pablo estaban pegadas, especialmente adaptadas para su condición. Candela no sabía dónde mirar ni cómo procesar lo que estaba viendo. Lo único que podía pensar era: ¿Por qué Emilio nunca mencionó que su hermano y él eran siameses?

—No te preocupes, estamos acostumbrados a las caras de sorpresa —dijo Pablo, lanzándole un guiño mientras Emilio le daba un codazo discreto.

— ¡Pablo! —Susurró Emilio con un tono de reproche—. Perdón, Candela. Es un poco... directo.

Candela, esforzándose por mantener la compostura, sonrió incómodamente.

—No pasa nada. Solo es... inesperado.

La cena comenzó de manera tensa. Emilio intentó llevar la conversación hacia temas más ligeros, preguntándole sobre su trabajo, sus hobbies, y sobre cómo se le ocurrió instalar Tinder.

—Bueno, después de un par de citas desastrosas pensé que ya nada podía sorprenderme —dijo

Candela con una risa nerviosa. Entonces miró sus brazos unidos y añadió—. Pero parece que me equivoqué.

Pablo se rio con ganas.

— ¿Ves, Emilio? Me gusta esta chica. Tiene sentido del humor. Ya me imagino lo bien que lo pasaríamos los tres juntos.

Candela casi se atraganta con el agua.

— ¿Los tres?

Emilio lo miró con furia.

— ¡Pablo, por favor! No seas grosero.

— ¿Qué? Es una broma —respondió Pablo, alzando las manos como si no entendiera el problema—. Aunque claro... ahora que lo dices...

Candela intentó desviar la conversación, pero los hermanos siguieron discutiendo entre ellos. La cena era como un partido de ping-pong, con Candela en medio mientras Emilio intentaba parecer educado y Pablo no paraba de lanzarle miradas y comentarios coquetos.

—Entonces, Candela —dijo Pablo de repente, apoyando la barbilla en su mano—, si tuvieras que elegir entre nosotros dos, ¿con quién te quedarías?

— ¡Pablo! —gritó Emilio, horrorizado.

Candela soltó una risa incómoda, incapaz de saber si aquello era una broma o si realmente querían una respuesta.

—Bueno... no sé si eso tiene sentido, ¿no? Quiero decir... están, bueno, unidos.

La conversación dio un giro aún más extraño cuando Candela, sin poder contener su curiosidad, preguntó:

—Y... esto es un poco indiscreto, pero... ¿cómo funciona... ya sabes... con una relación?

Ambos hermanos se miraron, luego a ella, y luego otra vez entre ellos. Pablo fue el primero en responder.

—Ah, bueno, es sencillo. Lo negociamos. Si Emilio tiene una cita, yo intento no mirar... mucho.

Candela abrió los ojos como platos. Emilio se cubrió la cara con las manos.

—Pablo, por el amor de Dios...

— ¿Qué? Es una pregunta legítima. Y ella lo quiere saber, ¿verdad? —Pablo le lanzó otro guiño.

Candela no sabía si reír o salir corriendo. Decidió tomárselo con humor.

—Bueno, parece que son bastante... organizados.

—Oh, claro que sí —dijo Pablo con una sonrisa pícaro—. Aunque si tú y yo saliéramos, podría hacerme el dormido. No sería la primera vez.

Eso fue demasiado para Emilio, quien se levantó (o lo intentó, arrastrando a Pablo con él).

— ¡Ya basta, Pablo! ¿Por qué tienes que arruinarlo todo?

Y entonces ocurrió: empezaron a pelearse. Pero claro, pelearse siendo siameses no es precisamente elegante. Se empujaban, se daban codazos, y todo mientras estaban pegados. La escena era tan absurda que Candela no pudo evitar reírse, pero no con ellos, sino de ellos.

Finalmente, se levantó.

—Creo que... voy a dejaros solos para que resolváis esto. Ha sido... interesante. Pero por hoy ya he tenido bastante.

Emilio intentó detenerla.

—Candela, por favor. No te vayas. Esto no pasa siempre.

—Claro que no —añadió Pablo con una sonrisa—. A veces es peor.

Candela, todavía riéndose, salió del restaurante y tomó un taxi. En el camino a casa, no podía dejar de pensar en lo surrealista de la noche. Tinder, pensó, no era un lugar para encontrar el amor, pero para reírse un rato desde luego.

Candela decidió tomarse un descanso de las citas... al menos por una semana. No podía dejar de reír y de pensar en lo que se reirían sus amigas cuando se lo contara.

Capítulo 9: La Cena de la Revelación

Alejandro, era un optimista incansable. Había sobrevivido a tres citas fallidas, un trabajo en el que su jefe era arma de tortura china, y una familia que lo acosaba con la misma pregunta: "¿Cuándo vas a sentar cabeza?". Por eso, cuando se descargó Tinder, no buscaba el amor eterno, sino algo más sencillo: una buena conversación, risas, y quizás, si tenía suerte, alguien con quien compartir unas cañas.

Tras días de deslizamientos aburridos, y escarmentado con Laura la visionaria del ayahuasca, llegó a la foto de Sofía. Su perfil era agradable: "Aventurera, amante de los animales y fanática de las películas de terror". Alejandro, que tenía un perro llamado Drácula y una colección secreta de películas de serie B, pensó que era el destino. Así que le hizo match y, en menos de 24 horas, ya tenían una cita programada.

Sofía propuso un restaurante vegetariano. "Es mi favorito", había escrito, y Alejandro, a pesar de su devoción por las hamburguesas, aceptó. "Un hombre flexible es un hombre interesante", pensó, repitiéndose su mantra favorito de Tinder.

La noche de la cita llegó, y Alejandro estaba preparado. Se había puesto su camisa menos arrugada, se había peinado con precisión milimétrica, y hasta había practicado un par de chistes frente al espejo. Cuando llegó al restaurante, encontró a Sofía en la barra. Era aún más guapa que en sus fotos, con un aire de misterio que lo cautivó al instante.

— ¡Hola, Alejandro! —Dijo ella, con una sonrisa encantadora—. Espero que tengas hambre. ¡El hummus de aquí es el mejor de la ciudad!

— ¡Claro! Me encanta el hummus —mintió Alejandro, que solo sabía que el hummus era una pasta misteriosa que solían servir en reuniones hipsters.

Se sentaron en una mesa y comenzaron a hablar. La conversación fluía de maravilla: Sofía era divertida, apasionada, y tenía una risa contagiosa. Alejandro estaba encantado. Hasta que llegó el camarero y ella pidió para ambos.

—Dos ensaladas de col rizada con tofu, por favor. Y una limonada con jengibre para él.

Alejandro abrió la boca para protestar, pero algo en la seguridad de Sofía lo detuvo. ¿Qué tan malo podía ser? Además, la col rizada suena como algo saludable, pensó.

El problema empezó cuando, mientras comían, Sofía comenzó a hablar de su "gran pasión".

— ¿Sabías que las personas pueden sobrevivir perfectamente sin comer carne? —Dijo ella, señalando su ensalada como si fuera un trofeo de moralidad—. Yo soy vegana desde hace años. Además, no solo me dedico a cuidar mi cuerpo, sino que también protejo la energía del universo.

Alejandro, que tenía la boca llena de tofu, asintió lentamente. "¿Energía del universo?" ¿Qué significaba eso?

—Y aquí viene la parte más interesante —continuó Sofía, inclinándose hacia él con una intensidad que lo hizo retroceder unos centímetros—. ¿Te interesa la limpieza espiritual?

— ¿La qué? —preguntó Alejandro, tragando el tofu como si fuera un trozo de goma.

—La limpieza espiritual —dijo ella con entusiasmo—. Las toxinas emocionales pueden acumularse en tu aura y sabotear tus relaciones. Es por eso que he desarrollado una técnica para purificarla. —Hizo una pausa dramática y susurró—. Lo llamo la purga cósmica.

Alejandro parpadeó. "¿Purga cósmica?" ¿Acaso esto era una broma?

—Es una experiencia transformadora. Puedo ayudarte, si quieres. —Sofía le lanzó una mirada intensa que, en cualquier otro contexto, habría sido sexy, pero en este caso lo llenó de una inquietud cósmica.

Antes de que pudiera responder, Sofía sacó de su bolso un pequeño frasco de vidrio lleno de un líquido turbio y se lo puso frente a él.

—Esto es agua de luna. Está cargada de energía positiva. Si la tomas durante tres días, tu aura empezará a sanar.

Alejandro miró el frasco como si contuviera veneno.

—Ehhh... gracias, pero creo que mi aura está bien. ¿Sabes? Funciona con café.

Sofía frunció el ceño, claramente decepcionada.

—Alejandro, pensé que eras diferente. Pero veo que aún estás atrapado en las vibraciones bajas de este mundo.

Él rio nerviosamente.

—Sí, bueno, esas vibraciones me tienen bastante cómodo.

La noche empeoró cuando, de repente, un hombre alto y delgado entró al restaurante y se dirigió directamente a su mesa.

— ¡Sofía! —gritó, con los brazos abiertos—. Sabía que te encontraría aquí.

— ¡Joaquín! —dijo ella, levantándose para abrazarlo mientras Alejandro observaba, confundido.

— ¿Quién es este? —preguntó Joaquín, señalando a Alejandro con desdén.

—Es mi cita. Pero tranquilo, Joaquín, sabes que eres mi conexión cósmica más fuerte.

Joaquín bufó y se sentó en la mesa, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Alejandro, completamente desconcertado, decidió que era momento de irse.

—Bueno, creo que... es hora de que me vaya. Ha sido... una noche interesante.

Sofía lo miró con lástima.

—Alejandro, espero que algún día encuentres tu luz interior. Pero por ahora, tu aura está demasiado contaminada.

Mientras caminaba hacia su coche, Alejandro no sabía si reír o llorar. Tinder, una vez más, le había mostrado que el desengaño venía en muchas formas: algunas tristes, otras hilarantes, y algunas que incluían agua de luna.

"Definitivamente necesito un descanso". Nota mental: No voy a quedar con ninguna mujer que sea vegana, espiritual, soñadora, limpiadora de auras y celiaca si me apuran. ¿Es que no hay mujeres normales? —pensó arrancando el coche.

Capítulo 10: La Belleza de la Honestidad (O la Falta de Ella)

Alejandro, recuperándose de la "purga cósmica" con Sofía y su inesperado ex Joaquín, decidió darle otra oportunidad a Tinder. "La tercera es la vencida", pensó, ignorando los presagios de desastres anteriores. Fue entonces cuando apareció una mujer llamada Valeria en su lista de posibles matches. Su perfil era breve: "Amante de los placeres de la vida. Sencilla. Sin filtros". Su foto mostraba a una mujer rubia, delgada y con una sonrisa sugerente que parecía sacada de un catálogo de lencería. Alejandro, dejándose llevar por la esperanza, deslizó a la derecha. Y, para su sorpresa, hicieron match.

En los mensajes, Valeria no se anduvo con rodeos.

— ¿Qué buscas en Tinder? —preguntó ella, directa.

—Buena compañía, una cena agradable, ya sabes, algo tranquilo. —respondió Alejandro, intentando mantener las cosas ligeras.

— ¿Y diversión? Porque soy muy divertida. —Había algo en sus mensajes que lo hacía sentir como un pez nadando demasiado cerca de un anzuelo, pero decidió ignorarlo. La curiosidad ganó.

Quedaron en un restaurante de comida mexicana, sugerencia de Valeria. Alejandro llegó temprano, como siempre, y esperó en una mesa junto a la ventana. Cuando Valeria apareció, su mandíbula casi se descuelga.

La mujer que se acercaba era completamente diferente a la de las fotos. Era alta, pero con una complexión robusta que intimidaba más que atraía. Su cabello rubio era una peluca mal colocada, y su maquillaje parecía obra de un payaso de pueblo. Llevaba un vestido rojo ceñido que exageraba sus curvas de manera casi caricaturesca. Para colmo, caminaba con una actitud que mezclaba confianza y agresividad, como si estuviera lista para enfrentarse a un ring de boxeo en cualquier momento.

— ¡Alejandro! —gritó, lo suficientemente fuerte como para que todo el restaurante la mirara.

Él se levantó, sonriendo torpemente, y extendió la mano. Pero en lugar de estrechársela, Valeria lo rodeó con sus brazos y lo apretó con tanta fuerza que le crujían las costillas.

—Qué suerte tienes de verme en persona —dijo mientras lo soltaba y se sentaba—. Las fotos no me hacen justicia, ¿verdad?

Alejandro, luchando por recuperar el aliento, logró esbozar una respuesta diplomática.

—Sí, claro, definitivamente... diferente.

La cena comenzó con Valeria devorando un plato de nachos como si no hubiera comido en días. Mientras masticaba, hablaba con la boca llena, esparciendo migas por la mesa.

—Así que... —dijo entre mordiscos—, ¿tú y yo? ¿Qué tal nos vamos conociendo? Pero rápido, ¿eh? No soy de esas que pierden el tiempo.

Alejandro intentó cambiar el tema.

—Bueno, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en un bar, sirvo copas, pero eso no importa. Lo que importa es que soy una mujer apasionada. ¡Apasionadísima! —Valeria dio un golpe en la mesa, haciendo temblar los vasos de agua.

Él trató de reírse, aunque la situación empezaba a escapársele de las manos. Fue entonces cuando Valeria inclinó su cuerpo hacia él, reduciendo la distancia entre sus caras de manera alarmante.

—Sabes, Alejandro... Me gustas. Eres guapo. Como esos actores de telenovela, pero más real. ¿Quieres un beso? Porque te lo voy a dar.

Antes de que pudiera responder, Valeria se lanzó sobre él como un huracán. Su beso fue torpe, húmedo y completamente inesperado. Alejandro, atrapado entre el pánico y la cortesía, no supo cómo reaccionar. Cuando finalmente logró apartarse, Valeria se relamió los labios como una leona satisfecha.

—Vaya, qué saborcito tienes, ¿eh? —dijo mientras le guiñaba un ojo.

Alejandro buscó desesperadamente una salida, pero Valeria no había terminado. Se levantó y, con una sonrisa que mezclaba picardía y amenaza, le hizo un gesto para que la siguiera.

— ¿Qué te parece si vamos al baño? Hay cosas que no pueden esperar.

Él parpadeó, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

— ¿Al baño? ¿Ahora?

—Claro. —Valeria lo tomó del brazo y lo arrastró unos pasos—. Mira, Alejandro, soy una mujer directa. Cuando quiero algo, lo tomo. ¿Te vas a negar a esto? —Se señaló a sí misma de arriba abajo con las manos, como si fuera un trofeo en un concurso.

Alejandro, todavía procesando la surrealidad de la situación, logró liberarse suavemente de su agarre.

—Valeria, creo que... deberíamos tomarnos las cosas con calma. Este restaurante tiene una comida increíble. ¡Mira la carta de postres!

Pero Valeria no era de las que aceptaban un "no".

— ¿Postres? Cariño, yo soy el postre. —Dio una carcajada que resonó en todo el lugar.

Fue en ese momento cuando Alejandro tomó una decisión. Fingiendo que tenía una llamada urgente, sacó su teléfono y se levantó.

—Lo siento, Valeria. Es una emergencia. Tengo que irme. —Ni siquiera esperó su respuesta mientras se dirigía hacia la salida, sintiendo su mirada clavada en la espalda.

Cuando llegó a su coche, soltó una carcajada nerviosa. ¿Qué demonios acaba de pasar? pensó. Tinder, una vez más, había demostrado ser un campo de minas y engaños. Mientras conducía a casa, Alejandro decidió que tal vez, solo tal vez, necesitaba repensar su enfoque sobre las citas. El desengaño no solo llega con un golpe de realidad... también puede llegar con un beso pegajoso y una propuesta en el cutre baño de un restaurante mexicano.

Capítulo 11: Cruce de Caminos

Alejandro salió del restaurante como si estuviera huyendo de un incendio. Su mente aún procesaba el asalto labial de Valeria y la propuesta surrealista del baño. Encendió un cigarro, aunque no era fumador, solo por el gesto dramático de necesitar aire. Fue entonces cuando la vio.

Era una mujer alta, de cabello castaño que caía en ondas desordenadas sobre su abrigo. Llevaba tacones que resonaban contra la acera mientras caminaba con pasos apresurados. Su rostro estaba iluminado por la tenue luz del farol más cercano, y Alejandro no pudo evitar pensar que había algo cinematográfico en su andar. Elegante, pero apresurado, como si también estuviera huyendo de algo.

Ella alzó la mirada un momento, y sus ojos se encontraron. No fue más que un segundo, pero bastó para que Alejandro sintiera un golpe extraño en el pecho, algo entre curiosidad y vértigo. Era guapísima, pero había algo más: la forma en que fruncía ligeramente los labios, como si estuviera conteniendo una queja, y el modo en que sus manos ajustaban nerviosamente el bolso. Parecía... real.

Sin decir una palabra, ella levantó el brazo y paró un taxi. Antes de entrar, le lanzó una última mirada fugaz, como si también se hubiera percatado de su presencia. Alejandro, paralizado por la extraña conexión, la vio desaparecer dentro del coche amarillo, que arrancó con rapidez.

Sin saber muy bien qué estaba haciendo, Alejandro subió a su coche y puso las manos en el volante. Algo en su cabeza gritaba: No hagas esto, es una locura. Pero otra parte, la más impulsiva, decidió que ya había tenido suficiente de citas absurdas y excusas racionales. Puso en marcha el motor y empezó a seguir al taxi.

Durante el trayecto, mantuvo una distancia prudente, como si estuviera en una persecución de película de espías, aunque la realidad era mucho menos glamorosa. Alejandro no tenía un plan. ¿Qué iba a hacer cuando el taxi llegara a su destino? ¿Aparcar frente a su casa y tocar el timbre como un lunático? Pero no podía evitarlo. Algo en aquella mujer lo intrigaba, como si estuviera destinado a cruzarse con ella en ese momento exacto.

Dentro del taxi, Candela estaba demasiado absorta en sus pensamientos para notar que la seguían. Resoplaba con frustración, reviviendo los momentos más incómodos de su última cita. Había quedado con un tipo que, en su perfil, se describía como "amante de la música clásica y la poesía". Lo que no mencionaba era que también era fanático de los sombreros de copa y hablaba como si estuviera atrapado en el siglo XIX.

—"Mi querida Candela, ¿acaso no es la vida una sinfonía de encuentros fortuitos?" —murmuró para sí misma, imitando la voz afectada de su cita mientras el taxista la miraba por el retrovisor con curiosidad.

Candela soltó un bufido y cruzó los brazos. ¿Por qué parecía que Tinder era una máquina diseñada para emparejarla con hombres que la dejaban al borde de la desesperación? Primero el pesimista, luego el payaso, los siameses, y ahora... esto. Mientras miraba por la ventana, pensó que tal vez era hora de aceptar la realidad: el amor no se encontraba en un algoritmo. Quizá debería conformarse con su perro y un buen libro.

El taxi se detuvo frente a su edificio. Candela pagó al conductor, bajó del coche y, sin mirar

atrás, entró al portal, todavía inmersa en su propia maraña de pensamientos.

Alejandro se detuvo unos metros más atrás y apagó el motor. La vio desaparecer detrás de la puerta, pero no se movió. En lugar de eso, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y dejó escapar un suspiro. ¿Qué estaba haciendo? ¿Había enloquecido? Sin embargo, no podía dejar de imaginar cómo sería hablar con ella, escuchar su voz, saber si también coleccionaba historias de citas desastrosas. Había algo en ella que parecía gritar que, al igual que él, buscaba algo más que coincidencias y absurdos.

Se quedó allí, mirando el edificio en silencio. No tenía el valor de hacer algo tan extremo como tocar el timbre, pero tampoco quería irse. Su mente empezó a divagar. ¿Cómo sería una cita con ella? Quizá irían a un café pequeño y hablarían de sus películas favoritas. Tal vez compartirían historias de malas citas y reirían juntos, encontrando consuelo en lo ridículo de sus experiencias.

Mientras tanto, Candela subió las escaleras hasta su piso, sacó las llaves y entró. Se quitó los tacones con un suspiro de alivio y dejó caer el bolso en el sofá. Desde la ventana de su salón, podía ver la calle iluminada y el taxi alejándose. En ese instante, un coche aparcado llamó su atención, pero no le dio importancia. Era solo un vehículo más en una noche cualquiera.

Alejandro miró el reloj. Habían pasado veinte minutos, y el sentido común empezó a ganarle terreno a su impulso. "Es una locura", pensó finalmente. Encendió el coche y condujo de regreso a casa, con una sonrisa irónica en los labios.

Quizá no la volvería a ver. O quizá sí. El destino, pensó, era tan impredecible como Tinder. Pero algo en su interior le decía que aquella mujer no sería solo una más de sus historias desastrosas. Y con esa idea, se permitió un pequeño rayo de esperanza mientras desaparecía entre las luces de la ciudad.

Capítulo 12: El Derecho de Valeria

Alejandro había prometido ser más sensato esta vez. Había investigado a fondo a su próxima cita, Andrea, y se aseguró de que fuera lo más "normal" posible. Hablaban por teléfono todas las noches, y aunque Andrea no era especialmente brillante ni tenía un humor devastador, era agradable y, sobre todo, equilibrada. Después de semanas de caos, Alejandro anhelaba un respiro.

El plan era simple: una cena en un restaurante tranquilo. Nada sofisticado, pero con suficiente ambiente para una buena conversación. Alejandro llegó puntual, como siempre, y ocupó una mesa junto a una ventana. Andrea apareció poco después, vestida con sencillez y una sonrisa amable que confirmaba todo lo que había esperado: era una chica corriente, alguien con quien podría tener una velada sin incidentes.

—Hola, Alejandro —dijo ella, extendiendo la mano de manera formal.

—Hola, Andrea. Me alegra que estés aquí. —Él sonrió, relajándose un poco.

La conversación fluyó fácilmente. Hablaron de sus trabajos, de series de televisión, de viajes pendientes. Alejandro empezó a pensar que, por fin, había encontrado una cita que no terminaría en desastre. Pero, claro, eso era subestimar al universo.

Estaban en el segundo plato cuando sucedió. Primero fue un ruido de tacones en el suelo de baldosas, luego una voz inconfundible.

— ¿Alejandro?!

Alejandro se congeló. Giró la cabeza lentamente y ahí estaba Valeria, con su inconfundible vestido rojo (que ahora parecía aún más ajustado) y una expresión que mezclaba furia y determinación. A su lado, una amiga igual de extravagante mascaba chicle con un entusiasmo digno de un caballo.

— ¿Qué haces aquí? ¿Y quién es esta? —dijo Valeria, señalando a Andrea con un dedo que parecía un arma.

Andrea, desconcertada, miró a Alejandro.

— ¿Amiga tuya? —preguntó con cautela.

—Ah... esto es... complicado —balbuceó Alejandro, sintiendo cómo las gotas de sudor le caían por la espalda.

— ¿Complicado? —Exclamó Valeria, acercándose más—. ¡Es muy simple! Nos vimos la semana pasada, ¡y fue mágico! —Hizo un gesto grandilocuente, como si Alejandro y ella compartieran una historia épica.

— ¿Perdón? —Andrea arqueó una ceja.

— ¡Sí, mágica! —Valeria se volvió hacia Andrea con una sonrisa agresiva—. Lo siento, cariño, pero Alejandro es mío. Ya lo vi primero.

— ¡Valeria, por favor! —interrumpió Alejandro, sintiendo que la vergüenza lo asfixiaba—. Esto no tiene sentido. No estamos juntos. Fue solo... una cena.

Valeria lo miró, herida, como si acabara de confesar que odiaba a los cachorros.

— ¿Solo una cena? ¿Así llamas al beso que me diste? —exclamó dramáticamente, llevándose una mano al pecho.

Andrea, ahora más intrigada que molesta, cruzó los brazos y miró a Alejandro.

— ¿Le diste un beso?

— ¡No fue un beso de verdad! —se defendió él—. Fue... una emboscada.

— ¿Emboscada? —Valeria puso los ojos en blanco y se giró hacia su amiga—. ¿Lo ves, Vanessa? Aquí estoy, entregándome al amor, y él me llama “emboscadora”. —Vanessa mascó su chicle con más fuerza, como si el drama la alimentara.

Mientras tanto, los otros comensales del restaurante miraban con interés. Incluso el camarero se había detenido en seco, sosteniendo una bandeja como si fuera un escudo.

—Mira, Valeria, fue un error. Esto no tiene que ver contigo. Estoy aquí con Andrea para... conocernos mejor. —Alejandro intentó sonar firme, pero su voz temblaba.

— ¡Conocerla mejor! —Gritó Valeria—. Pues te digo una cosa, amiguita —dijo, dirigiéndose a Andrea con tono amenazante—. Este hombre es mío. Ya lo besé, y donde yo beso, yo marco territorio.

Andrea dejó escapar una risa incrédula.

— ¿Perdón? ¿Eres un perro ahora?

Valeria, ofendida, dio un paso hacia ella, pero Vanessa la detuvo.

—Tranquila, Valeria, no vale la pena. —Luego, mirando a Andrea, añadió—. Pero cuidado, guapa. Valeria tiene un temperamento fuerte.

— ¿Ah, sí? —Andrea se levantó de la silla, sin dejarse intimidar—. Pues yo también.

Alejandro, viendo que las cosas iban a peor, se interpuso entre ambas.

— ¡Basta! ¡Esto no tiene sentido! Valeria, por favor, déjanos tranquilos.

Valeria lo miró con los ojos llenos de lágrimas falsas, luego levantó la barbilla con orgullo.

—Está bien, Alejandro. Si quieres perder la oportunidad de estar conmigo, es tu problema. Pero te arrepentirás. Nadie, y digo NADIE, besa como yo. —Dicho esto, giró sobre sus tacones, llevándose a Vanessa, que todavía masticaba su chicle con aire aburrido.

Cuando se fueron, Alejandro y Andrea se miraron en silencio. Luego, ella estalló en carcajadas.

—Dios mío, esto es increíble. —Andrea se secó las lágrimas de risa—. ¿Siempre tienes este tipo de citas?

Alejandro, agotado, se dejó caer en la silla.

—No lo creerías si te lo contara.

Andrea lo miró con una mezcla de diversión y compasión.

—Mira, Alejandro, eres un tipo simpático, pero creo que tu vida amorosa es más complicada de lo que puedo manejar. —Se levantó, todavía riéndose—. Suerte con Valeria. Y con Tinder.

Alejandro suspiró mientras la veía irse. Otra cita, otro desastre. Pero mientras se servía un vaso de agua, no pudo evitar reírse. Quizá el amor era un campo de batalla, pero al menos, pensó, nunca le faltaban historias para contar.

Capítulo 13: Noche en el Paraíso del Desengaño

Después del fiasco con Valeria y la partida de Andrea, Alejandro decidió que no podía dejar que su viernes terminara en derrota absoluta.

Mientras caminaba por la calle, pasó frente a una discoteca de moda que solía frecuentar en sus años universitarios. La música vibraba en el aire y un grupo de personas animadas entraba riendo al local. ¿Por qué no? pensó. Tal vez un par de copas y buena música serían el antídoto perfecto para su desastrosa vida amorosa.

Pagó la entrada, se abrió paso entre la multitud y llegó a la barra. La decoración del lugar había cambiado desde la última vez que estuvo allí: luces neón en tonos rosa y azul, una pista de baile con bolas disco brillando y una energía que parecía casi electrizante. No se dio cuenta al principio, pero algo era diferente. Muy diferente.

Pidió un gin-tonic y, mientras esperaba, empezó a notar detalles: las parejas en la pista de baile eran, en su mayoría, hombres bailando con otros hombres. La camarera que le servía su copa llevaba un peto lleno de chapas con arcoíris y le guiñó un ojo. Alejandro, todavía despistado, pensó: Qué amable es esta chica.

Con su copa en mano, se movió hacia un rincón tranquilo, dispuesto a observar. Pero no tuvo tiempo de procesar nada antes de que un hombre alto, con una camiseta ajustada y unos pectorales que parecían querer salirse del tejido, se acercara con una sonrisa radiante.

—Hola, guapo. No te había visto por aquí antes. ¿Eres nuevo?

Alejandro parpadeó, sorprendido.

— ¿Eh? No, bueno... es que hace tiempo que no salía por esta zona.

El hombre sonrió y dio un sorbo a su cóctel de colores brillantes.

—Pues bienvenido de vuelta. Aunque tengo que decirte... ese pelo, esa camisa, esos ojos. Estás causando sensación.

Alejandro se rio nerviosamente.

—Gracias, pero no estoy... ya sabes... buscando nada.

El hombre levantó las manos en un gesto conciliador.

— ¡Tranquilo, cariño! Solo estoy aquí para apreciar la belleza. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy. —Le lanzó un guiño y se perdió entre la multitud.

Alejandro, todavía procesando lo que acababa de pasar, empezó a conectar los puntos. Miró alrededor de nuevo. La discoteca. Las parejas. Los arcoíris. La decoración. Oh... OH. Se le escapó una risa nerviosa. Había entrado, sin saberlo, a un local de ambiente gay. Bien, esto es nuevo, pensó.

Decidió quedarse, porque, al fin y al cabo, la música era buena y nadie lo estaba echando. Pero pronto descubrió que quedarse significaba enfrentarse a un desfile de situaciones absurdas.

Primero vino un hombre bajito, con bigote y una camisa abierta hasta el ombligo, que intentó

invitarlo a un tequila. Alejandro rechazó educadamente, pero el hombre insistió.

—Vamos, bombón, un trago no hace daño. Además, esa mandíbula tuya no se ve todos los días.

—Gracias, pero... creo que ya tengo suficiente. —Alejandro levantó su gin-tonic como si fuera un escudo.

Luego, mientras intentaba moverse hacia la pista para evitar más acercamientos, otro hombre apareció. Este llevaba un sombrero de cowboy y botas relucientes.

—Eres nuevo, ¿verdad? —dijo con una voz grave, inclinándose hacia él—. Lo sé porque nunca olvido una cara bonita.

—Ehh... sí, soy nuevo. Pero solo vine a tomar algo, nada más. —Alejandro intentó parecer casual, pero su tono lo delató.

—No te preocupes, cowboy —dijo el hombre, tocándose el ala del sombrero—. No te presiono... aún.

Alejandro dio un paso atrás y tropezó con alguien más, un tipo vestido con lentejuelas que llevaba una diadema de unicornios.

— ¡Guapo, cuidado! —exclamó el tipo, agarrándolo del brazo para que no cayera—. Si me querías tocar, solo tenías que pedirlo.

Alejandro soltó un "¡Perdón!" tan rápido que casi se le salió en un chillido.

Se refugió de nuevo en la barra, preguntándose si quedarse había sido una buena idea. Fue entonces cuando apareció un grupo de chicos con boas de plumas, cantando al ritmo de la música.

— ¡Alejandro! —Gritó uno de ellos, agitando una copa de champán—. Sí, tú. Ven a bailar, que aquí no permitimos caritas tristes.

Alejandro, incapaz de negarse, terminó en el centro de la pista, rodeado por el grupo que lo animaba a moverse. Al principio, se sintió como un pez fuera del agua, pero luego algo cambió. La energía del lugar era contagiosa. La gente reía, bailaba, lo pasaba bien sin preocuparse por el qué dirán. Por primera vez en semanas, Alejandro se permitió relajarse.

Pero, por supuesto, el destino no podía dejarlo disfrutar sin un toque de drama.

Mientras bailaba, sintió una mano en su hombro. Se giró y ahí estaba... Valeria.

— ¡¿Qué haces aquí?! —exclamó, mirándolo como si lo hubiera descubierto en un acto de traición.

— ¡Valeria! ¿Qué haces tú aquí?

— ¡No importa lo que yo haga aquí! Además te dije que soy camarera, tú has venido a buscarme, ¡confiesa! —Dijo, señalándolo con el dedo—. ¡Tú estás aquí coqueteando con todos mientras yo sigo esperándote! ¡¿Es que no entiendes lo que somos tú y yo?! —A su alrededor, algunos empezaron a murmurar, claramente interesados en el drama.

— ¡No somos nada, Valeria! ¡Por favor, deja de seguirme! —gritó Alejandro, agotado.

— ¡Ah, claro! —Exclamó Valeria, dirigiéndose a la multitud—. ¡Este hombre es un

rompecorazones! ¡Se cree que puede besarme y luego escapar a un antro de chicos guapos para olvidarme!

Hubo un momento de silencio, y luego alguien de la multitud gritó:

— ¡Alejandro, no seas malo! ¡Dale una oportunidad!

Las risas estallaron, y Alejandro, rojo como un tomate, decidió que ya era suficiente. Se escabulló entre la gente, recogió su abrigo y salió corriendo, dejando a Valeria protestando en medio de la pista.

Ya en la calle, respiró hondo. Había sido otra noche de caos absoluto, pero, al menos, podía reírse de lo absurdo. Porque si algo había aprendido era que, en el amor y en la vida, el desengaño siempre encontraba una manera de ser hilarante.

Capítulo 14: Cena para Cuatro

Candela estaba harta. Harta de los mensajes eternos en Tinder, de los perfiles llenos de mentiras, y sobre todo, de las citas que acababan en catástrofe. Así que, esa noche, en lugar de un extraño, se rodeó de su círculo seguro: sus amigas de toda la vida. Andrea, recién integrada al grupo tras un encuentro casual en una librería, se había convertido rápidamente en una de las suyas, y Candela estaba deseando escuchar su versión de los desastres románticos.

El restaurante era acogedor y elegante, con luces cálidas y un menú que prometía más de lo que entregaba. Las cuatro mujeres estaban sentadas en una mesa junto a la ventana, con copas de vino en las manos y una energía eléctrica que prometía una noche memorable.

—Yo digo que empecemos por lo más reciente —propuso Candela, levantando su copa—. Andrea, tú primero. Cuéntanos cómo fue esa cita que mencionaste en el grupo.

Andrea, siempre directa, puso los ojos en blanco antes de tomar un sorbo de su vino.

—Ay, chicas, no sé ni por dónde empezar. El tipo parecía normal. Alejandro, se llamaba. Simpático, divertido. Todo iba bien hasta que... ¡apareció Valeria!

— ¿Valeria? —preguntó Candela, intrigada.

— ¡Una ex loca! —Exclamó Andrea, enfatizando cada palabra con un gesto—. Bueno, ni siquiera sé si era ex. Al parecer, lo había visto UNA VEZ, y ya creía que tenían un contrato de matrimonio firmado. Llegó al restaurante como si estuviera en una telenovela y empezó a gritar que Alejandro era suyo.

Todas soltaron una carcajada.

— ¿Qué hizo él? —preguntó Diana, la más cínica del grupo, mientras se acomodaba en su silla con interés.

—Balbucear, sudar y tratar de desaparecer. Pero lo peor fue cuando Valeria dijo, literalmente, "¡Donde yo beso, yo marco territorio!" —Andrea hizo una pausa dramática, y las cuatro estallaron en risas.

— ¡No puede ser! —Gritó Candela, llevándose las manos a la cara—. ¿Eso es real?

—Realísimo, amiga. Y lo mejor es que cuando yo me fui, ella se quedó ahí, reclamándole como si fueran marido y mujer. —Andrea suspiró—. Al final pensé que para esto mejor me quedo en casa viendo series.

Sofía, la más romántica del grupo, agitó la cabeza con desaprobación.

—Ay, pero no todos los hombres son así. Yo he tenido suerte en Tinder. Mi novio, Leo, lo conocí ahí, y llevamos casi un año juntos.

—Claro, tú eres la excepción que confirma la regla —dijo Diana, sarcástica—. Yo, por otro lado, tuve el placer de salir con un tipo que llevaba puesto un disfraz de Pikachu porque, según él, "quería romper el hielo".

— ¿Qué? —gritaron las tres al unísono.

—Sí, sí. Pikachu. Con cola y todo. Llegó al restaurante así, como si fuera lo más normal del mundo. —Diana hizo una pausa para saborear sus reacciones—. Y luego, cuando le dije que no era Halloween, se ofendió. Dijo que yo no tenía sentido del humor.

Candela se reía tanto que apenas podía respirar.

—Diana, ¿pero qué haces en Tinder? ¿Buscas gente en categorías de "cosplay" o qué?

—Espera, hay más. —Diana levantó un dedo para silenciar las risas—. Cuando me fui, me mandó un mensaje diciéndome que era una "poco evolucionada emocionalmente" porque no entendía su forma de expresión.

Sofía, todavía recuperándose del ataque de risa, suspiró.

—Ay, chicas. Ustedes tienen historias horribles, pero yo creo que el problema es la expectativa. Yo fui a Tinder pensando: "Esto no será más que un juego". Y mírenme, ¡terminé enamorada!

Andrea arqueó una ceja.

—Sí, Sofía, pero no todos tenemos tu suerte. Yo después de lo de Valeria estoy considerando convertirme en monja. Y lo digo en serio.

Candela, que hasta entonces había estado escuchando, levantó la mano.

— ¿Y saben qué? Creo que el problema no es Tinder ni los hombres locos. Es que buscamos en ellos algo que no nos pueden dar. Yo llevo semanas intentando encontrar al tipo perfecto y, ¿para qué? Cada cita me deja más cansada que la anterior. Al final, creo que lo que necesitamos es esto. —Hizo un gesto hacia la mesa—. Una cena, amigas, risas y vino. Eso sí que nunca decepciona.

—Amén a eso —dijo Diana, levantando su copa.

—Bueno, pero al menos digan que Alejandro no parecía tan mal hasta lo de Valeria —dijo Andrea.

Candela dudó por un instante. El nombre de Alejandro le sonaba familiar, como si algo en su subconsciente intentara recordar un detalle importante. Pero desechó la idea. ¿Cuántos Alejandros podrían haber en la ciudad?

—No sé, Andrea —dijo Candela finalmente, con una sonrisa—. Creo que Alejandro tiene que encontrar su camino... lejos de Valeria.

La noche terminó con más copas, más risas y un pacto silencioso entre las cuatro: hombres podían venir e irse, pero las amigas, las verdaderas compañeras de vida, siempre estarían allí para recoger las piezas y convertir los desengaños en anécdotas hilarantes. Porque al final, el mejor antídoto contra el caos romántico era una buena cena y un brindis por lo absurdo de la vida.

Capítulo 15: El Plan del Amigo Casado

Era lunes por la mañana, y Alejandro entró a la redacción como si cargara con el peso de todo un fin de semana desastroso. Su amigo y colega, Iván, lo esperaba con un café en la mano y una sonrisa burlona.

—A ver, maestro, ¿qué pasó esta vez? —preguntó Iván mientras Alejandro dejaba su mochila con un suspiro teatral.

— ¿Quieres el resumen o la versión extendida? —respondió Alejandro, acomodándose en su silla.

—Dame la extendida, siempre es más divertida. —Iván se sentó al borde de su escritorio disfrutando el espectáculo.

Alejandro le relató con lujo de detalles la debacle de Valeria en el restaurante, el abandono de Andrea y su surrealista noche en el local de ambiente gay. Iván casi escupe su café de tanto reírse.

— ¡No puede ser! ¡Te persigue la tragedia, hermano! —Dijo entre carcajadas—. Mira, te lo dije mil veces: Tinder no es para encontrar el amor. Es como pescar en un lago contaminado, ¿qué esperas sacar? ¿Un tiburón blanco?

—Gracias por la analogía, Doctor Corazones —replicó Alejandro, con una mezcla de sarcasmo y resignación.

Iván, con años de experiencia marital (y aburrimiento moderado), siempre se sentía con autoridad para dar consejos. Aunque, en su defensa, era bueno escuchando y sabía cómo sacarle una sonrisa a Alejandro, incluso en medio del desastre.

—Mira, te propongo algo —dijo Iván, cruzando los brazos con aire conspirador—. Nos sentamos aquí, repasamos tu Tinder y elegimos entre los dos. Si ninguna pasa el filtro, tengo un plan B: mi mujer tiene una amiga recién separada que está buscando un buen tipo. Es perfecta para ti.

Alejandro lo miró con escepticismo.

— ¿Perfecta para mí? Eso suena como cuando te dicen: “Tengo un amigo con una gran personalidad”.

—No seas idiota. Es guapa, lista, y necesita rehacer su vida. Vamos, ¿qué tienes que perder?

—Mi dignidad. Aunque eso creo que ya quedó en el baño del restaurante mexicano.

Iván rio y le hizo un gesto para que abriera Tinder en su móvil.

—A ver, dame eso. Vamos a buscar.

Alejandro, suspirando, le pasó el teléfono. Iván empezó a deslizar perfiles con una rapidez alarmante, como si estuviera evaluando un casting para una película.

—No. Demasiado filtro. No. Tiene cara de aburrida. No. Este perfil dice “Amante de la astrología y los cristales”. Pasa, amigo, pasa.

— ¿Por qué estoy dejándote hacer esto? —preguntó Alejandro, masajeándose las sienes.

—Porque claramente necesitas ayuda. —Iván se detuvo en un perfil—. Mira esta. Candela. Bonita sonrisa. Parece normal. “Amante de los libros, las caminatas y el buen café”. ¿Qué dices?

Alejandro se inclinó para mirar la foto. Era atractiva, aunque algo en su descripción le sonaba familiar.

—No sé... ¿qué opinas de las caminatas? —preguntó Alejandro con una sonrisa torcida.

—Que es mejor que una loca vestida de Pikachu. Dale a la derecha.

Iván deslizó el perfil y continuó su análisis.

—A ver, si Candela no contesta o es otra decepción, vamos al plan B. Mi mujer prepara una cena en casa este viernes, tú vienes, y te presento a Paula.

— ¿Paula? —preguntó Alejandro, alzando una ceja.

—Sí, Paula. Es divertida, tiene sentido del humor y está buenísima. No la dejes pasar. —Iván le dio una palmada en el hombro como si ya hubiera cerrado el trato.

—Ya veremos. —Alejandro tomó su teléfono de vuelta y apagó la pantalla—. ¿Y si resulta que Paula es otra Valeria?

—Confía en mí, hermano. No todas son Valeria. —Iván levantó su taza de café en un gesto de brindis—. Y si lo son, al menos tendremos una buena historia para el lunes.

Alejandro se rio a regañadientes. Aunque no estaba convencido del todo, la idea de un poco de estabilidad en su caos romántico sonaba tentadora. Ya fuera Candela, Paula, o algún otro desastre en camino, al menos sabía que Iván estaría ahí el lunes, listo para reírse y planear el próximo intento.

Capítulo 16: Un Puente entre Dos Mundos

La velada en casa de Iván había sido una revelación para Alejandro. Paula no solo cumplía con las promesas de su amigo, sino que las superaba. Era inteligente, divertida, y con una sonrisa que iluminaba la habitación. Durante la cena, entre risas y confidencias, Alejandro había sentido por primera vez en mucho tiempo que quizá, solo quizá, había encontrado a alguien con quien valía la pena arriesgarse.

Cuando Iván y su mujer se retiraron con una excusa que parecía ensayada ("Tenemos que madrugar, pero sigan, sigan"), Paula y Alejandro decidieron caminar juntos. La noche estaba fresca, con una brisa ligera que hacía que la ciudad pareciera más mágica de lo habitual. Pasearon por calles empedradas, hablando de sus viajes soñados, de libros que habían marcado sus vidas, y de lo absurdo de la existencia misma. Paula tenía una forma de hablar que hacía que cada palabra sonara como una melodía.

Finalmente llegaron al puente sobre el río. La luna brillaba sobre el agua, y Alejandro sintió que el momento se acercaba. Paula, con las manos en los bolsillos de su abrigo, lo miró con una mezcla de timidez y determinación.

— ¿Sabes? —Dijo ella, rompiendo el silencio—. Eres diferente a lo que esperaba.

— ¿Eso es bueno o malo? —preguntó Alejandro, sonriendo.

—Definitivamente bueno. Pero hay algo que debo decirte. —Hizo una pausa, mirando al río—. No estoy preparada para tener nada íntimo con nadie... a menos que me pidan matrimonio.

Alejandro parpadeó, desconcertado. La frase flotó en el aire como un globo a punto de explotar.

— ¿Eh? —logró articular, con una sonrisa nerviosa.

Paula soltó una carcajada y lo empujó ligeramente en el hombro.

— ¡Es broma, tonto! No soy tan intensa. —Su risa era contagiosa, y Alejandro no pudo evitar reír también.

La tensión se disipó y, antes de que pudiera decir algo más, Paula se inclinó hacia él. Sus labios se encontraron en un beso lento y profundo, cargado de promesas. Alejandro cerró los ojos y dejó que el momento lo envolviera, hasta que algo lo hizo abrirlos de nuevo.

A pocos metros de distancia, caminando con tres amigas, estaba ella. Candela. Su cabello castaño ondeaba con la brisa, y su abrigo claro parecía brillar bajo la luz de las farolas. Reía a carcajadas, una risa despreocupada y auténtica que resonó como el tañido de una campanada en el pecho de Alejandro. Era ella de nuevo, la mujer que había visto salir del restaurante aquella noche desastrosa. La mujer que había seguido en su coche, intrigado por no sabía bien qué. La mujer que, sin saberlo, había estado rondando su mente desde entonces.

No entendía por qué la miraba. No sabía nada de ella. Pero tenía la extraña sensación de que si la dejaba desaparecer en la noche, me iba a arrepentir

Mientras Paula lo besaba con pasión, Alejandro no pudo apartar los ojos de Candela. La observó mientras caminaba con sus amigas, gesticulando con entusiasmo, completamente ajena a su presencia. Su sonrisa era bonita, arrebatadora en realidad, podía sentir la fuerza que ejercía sobre

él a metros de distancia, una especie de imán que lo atraía como ninguna otra cosa en ese momento.

Y entonces, Candela lo miró.

Fue un segundo, un instante fugaz en el que sus ojos se encontraron. Ella no dejó de caminar, pero su mirada se detuvo en los de Alejandro, como si algo en él llamara también su atención.

La intensidad del momento lo dejó sin aliento. Candela desvió la mirada rápidamente, pero no antes de que él notara algo: un destello. Como si, por un momento, ella también deseara estar en el lugar de Paula.

Alejandro, todavía atrapado en el hechizo, sintió cómo Paula se separaba de él ligeramente.

— ¿Todo bien? —preguntó ella, mirándolo con curiosidad.

—Sí, sí, claro. —Alejandro forzó una sonrisa, aunque su mente seguía atrapada en la imagen de Candela.

Candela y sus amigas desaparecieron tras una esquina, dejando a Alejandro con un nudo en el pecho. Mientras retomaba el beso con Paula, una pregunta resonó en su cabeza: ¿Qué demonios me pasa con esa mujer?

Aquí estaba, besando a una mujer que parecía perfecta, y sin embargo, su mente perseguía a una desconocida. La magia de la noche junto a Paula, se había difuminado en cierto modo.

Ella seguía hablando sobre lo hermosa que estaba la noche, pero Alejandro no podía evitar pensar que acababa de cruzarse con Candela.

— ¿Te gustaría venir a casa? —lanzó Paula jugando su última carta, sabiendo que algo en esa chica había cambiado el paso y el ritmo de aquel beso apasionado. Pero no todo tenía que estar perdido, era el momento de probar suerte.

Capítulo 17: La Chispa y el Eco

Alejandro estaba sentado en el sofá de Paula, con una copa de vino en la mano y la mente algo distraída. La velada había sido perfecta, casi demasiado perfecta, y ahora estaba en su casa, rodeado por su calidez y encanto. Paula había puesto música suave, un jazz instrumental que llenaba la habitación de un aire íntimo. Todo apuntaba a que esa noche terminaría como debía, pero la imagen de Candela seguía rondándole la cabeza como un fantasma persistente. ¡Qué diablos tenía aquella mujer! Igual la conocía de algo y no lo recordaba. Pero tenía la certeza de que su proximidad lo inquietaba incluso físicamente. Podía notar como le temblaban las piernas. Nunca antes había experimentado algo parecido con nadie.

Paula, ajena al soliloquio interno de Alejandro, se acercó con su copa y una sonrisa. Su cabello estaba ligeramente desordenado, y el brillo en sus ojos hablaba de una noche que prometía ser inolvidable.

— ¿En qué piensas? —preguntó, sentándose a su lado y rozando suavemente su rodilla con la suya.

Alejandro tardó un segundo en reaccionar, volviendo al presente.

—En lo agradable que ha sido esta noche —mintió, esforzándose por apartar la imagen de Candela de su mente.

Paula se inclinó hacia él, rozando sus labios con los suyos, y todo sucedió como debía. El beso se intensificó, las copas quedaron olvidadas sobre la mesa, y ambos se dejaron llevar por el calor del momento. Pero para Alejandro, todo tenía un tinte extraño, como si estuviera viendo su propia vida desde fuera. Cada movimiento, cada caricia, cada beso parecía venir de un lugar automático, no de esa chispa frenética incontrolable.

Y entonces, en medio de la intensidad, Candela volvió a aparecer en su mente. Su sonrisa, su risa, su forma de caminar bajo la luz de las farolas. Alejandro cerró los ojos, intentando zafarse del pensamiento y tratando de centrarse en Paula, en su calidez, en su entrega. Pero el eco de Candela era imposible de ignorar.

Finalmente, el tema acabó en la cama y les dieron las diez y las once... y todo lo demás.

— ¿Sabes? Creo que esto podría ser el comienzo de algo especial —dijo, acariciándole el pecho.

Alejandro la miró, sintiendo un peso en el pecho que no sabía cómo explicar. Paula era perfecta. Era todo lo que un hombre podía desear: inteligente, divertida, hermosa, cariñosa. Y sin embargo, algo faltaba. Algo que no podía definir, pero que sabía que era un No.

—Sí... podría ser —respondió con una sonrisa vacilante, ocultando que su mente seguía en otro lugar.

A la mañana siguiente, Alejandro despertó con la luz del sol filtrándose por las cortinas del dormitorio de Paula. Ella ya estaba levantada, y desde la cocina llegaba el aroma a café recién hecho y a pan tostado. Se incorporó lentamente, sintiéndose más cansado que descansado, como si su mente hubiera estado trabajando toda la noche.

Cuando llegó a la cocina, ella lo esperaba pie junto al mostrador, vestida con una camisa suya

que le quedaba enorme, y una expresión radiante en el rostro. El semblante del amor, o al menos algo muy parecido.

— ¡Buenos días! —Dijo, colocándole un plato con huevos revueltos, tostadas y frutas frente a él —. Nada como un desayuno completo para empezar bien el día.

Alejandro se sentó, sintiéndose como un impostor. Paula era adorable, y esa dedicación, aunque cálida, le provocaba una dosis de inquietud que no sabía manejar.

—Gracias, pero creo que solo tomaré un café. —Le dedicó una sonrisa que intentaba ser convincente, aunque sabía que no lo era.

— ¿Seguro? —Paula lo miró con una mezcla de sorpresa y decepción—. Preparé esto pensando en ti.

—De verdad, está perfecto. Es solo que... necesito ir a casa, ducharme, organizar mi cabeza, tengo que terminar un trabajo que me reclama. —Alejandro se levantó, tomando la taza de café como un salvavidas—. Ha sido una noche increíble, Paula. De verdad. Eres un sueño de mujer.

Ella sonrió, aunque algo en sus ojos parecía apagarse un poco.

—Está bien. Pero prométeme que nos veremos pronto, ¿vale?

Alejandro asintió, se inclinó para darle un beso en la frente y se apresuró a salir del apartamento. Caminó por las calles sin rumbo fijo, tan solo quería pasear un poco antes de subirse a un taxi. Poner los pensamientos en orden, recomponer la mente. Más tarde, al llegar a casa, se dejó caer en el sofá resoplando, sosteniéndose la cabeza entre las manos mientras engullía un paracetamol que esperaba milagroso. Como si al tomarse aquella pastilla le facilitara pensar con más claridad.

¿Qué le pasaba? Paula era todo lo que había dicho querer, y sin embargo, no sentía esa chispa que lo hacía perder el control. Había algo en ella que le parecía demasiado perfecto, demasiado predecible, como un guion que ya conoces.

Y entonces, Candela apareció en su mente de nuevo. Su sonrisa, esa risa. La forma en que sus ojos centelleaban cuando caminaba con sus amigas. No sabía nada de ella, excepto dónde vivía. Pero algo le decía que tenía que dar un paso. Que no podía dejar que esa imagen se desvaneciera sin intentar descubrir quién era ella. Y lo más importante, ¿qué era lo que estaba significando para él?

Alejandro respiró hondo y emocionado, se levantó. Necesitaba un plan. No podía dejar escapar a aquella mujer que se le había colado en sus pensamientos tan insistentemente.

Capítulo 18: Las Aventuras Culturales de una Desengañada

Candela decidió que era hora de dejar de buscar sentido en una pantalla y empezar a encontrarlo en el mundo real. La gente le contaba sus experiencias con Tinder, y a todos parecía cuadrarles. Quién más y quién menos había acabado enrollado su cita, algunas duraban más que otras, es cierto, pero es que a ella no le llegaban ni hasta el momento de pedir la cuenta. ¿La gente estaba tarada? O ¿era ella?

Tenía la sospecha de que era una chica normal tirando a mona, y que era ciertamente divertida, y tenía trabajo, estaba independizada, vamos... un chollo. Su autoestima estaba lo bastante reforzada para no decaer, pero ya se estaba aburriendo y decidió hacer algo nuevo.

Armada con un bolso lleno de optimismo y una agenda cultural de la ciudad, se lanzó a descubrir exposiciones, presentaciones de libros y cualquier evento que prometiera más profundidad que un “match” en Tinder.

La primera parada fue una exposición de arte contemporáneo. Al entrar, lo primero que vio fue un plátano pegado a la pared con cinta adhesiva. Una guía entusiasta explicó que era una “reflexión sobre la fugacidad de la vida y la *bananalidad* del consumo”. Candela arqueó una ceja. ¿Un plátano? ¿De verdad?

— ¿No es brillante? —le preguntó un hombre de traje que parecía tener una relación íntima con la palabra “pretencioso”. —El plátano representa la decadencia del consumismo y nuestra desconexión con la naturaleza.

—Es... algo —respondió Candela, intentando no reírse. — ¿Y qué pasa cuando se pudre? ¿Lo reemplazan por otro?

El hombre asintió, tomándolo como un signo de aprobación.

—La genialidad del arte está en su capacidad para confundirnos, ¿no crees?

—Definitivamente me siento confundida —replicó Candela, dando un paso hacia la siguiente sala.

En otro rincón, una mujer explicaba con fervor que su instalación —una montaña de zapatos viejos rodeada de agua— era una metáfora del “desarraigo emocional de la modernidad líquida”.

—Si piso uno de estos zapatos, ¿me cargo la modernidad? —preguntó Candela, más para sí misma que para nadie.

La respuesta fue un par de miradas asesinas atravesándola. Decidió que era mejor seguir adelante. Caminar por la calle y ver escaparates, de todos modos también necesitaba renovar su armario. Hacía meses que no se compraba nada. Debía llamar a las chicas y salir con ellas de compras, pero nada le impedía darse un par de vueltas para tener una idea de las tendencias.

Al día siguiente, tocaba presentación de un libro que prometía ser más interesante. El autor, un hombre de mirada penetrante, y algo despeinado, se presentó como “La voz de los que no tienen voz”. —Mis poemas son la voz de los árboles —dijo, alzando un brazo dramáticamente. Durante cuarenta minutos habló de su proceso creativo, que al parecer incluía caminar descalzo por el

bosque, recitar poemas al amanecer, hervir canela con clavo y laurel las noches de luna llena, y alguna tontería más. Candela, mientras tanto, no podía dejar de observar cómo movía las manos con una teatralidad que rozaba lo ridículo. Aquel papel ensayado y rancio no iba con ella.

Cuando llegó el turno de preguntas, Candela levantó la mano.

—Dices que eres la voz para los que no tienen voz. ¿Qué piensan ellos de lo que escribes? ¿Están de acuerdo con que tú seas el portavoz de sus intereses?

El hombre la miró como si acabara de pisotear su ideología irrefutable.

—Ellos no necesitan pensar —respondió con aire solemne—. Sienten. Y yo les doy palabras para esos sentimientos. Los que no tienen voz no saben expresarse, necesitan ser orientados, encauzados en el camino de la salvación.

—Que no tengan voz no quiere decir que no tengan una opinión. ¿No cree? —remató Candela algo molesta.

—Señora, no es la primera que alguien intenta sabotear alguno de mis actos, pero las personas como usted me dan más fuerza para seguir en la lucha de mis ideales. Nada para mí, todo para ellos, ellos los sin voz, y sin ojos, abandonados a su suerte. La envidia es espontánea, comprendo que usted no está a la altura para entender en profundidad lo que yo supongo en el mundo de las voces dormidas.

Candela asintió lentamente, prometiéndose que esa sería la última vez que asistía a algo así. Spoiler: pero no lo fue.

Capítulo 19: Talleres del Absurdo

Cuando Candela se apuntó a su primer taller de mindfulness, lo hizo con la esperanza de encontrar algo de paz interior. Pero lo que encontró fue a un instructor que hablaba como si hubiera nacido en una marmita de incienso.

—Cierra los ojos y respira —dijo el hombre, con una voz tan suave que parecía una caricia auditiva—. Siente cómo tu energía fluye como un río hacia el océano del universo.

Candela, que llevaba quince minutos intentando no reírse, finalmente abrió un ojo. La mujer a su lado estaba llorando. Candela no sabía si era por la experiencia espiritual o porque el instructor había mencionado que el río “fluía hacia la muerte”.

El taller de cuencos tibetanos fue aún más surrealista. Sentada en un círculo, Candela observaba cómo la facilitadora golpeaba los cuencos con una solemnidad que habría hecho parecer a un juez de la Corte Suprema un animador de circo.

—El sonido de este cuenco está en la frecuencia del amor universal —explicó—. Si sientes calor en el pecho, es porque tu chakra del corazón está abriéndose.

Candela sintió calor, pero sospechaba que era porque el aire acondicionado no funcionaba.

Luego vino la meditación guiada, en la que el instructor les pidió que imaginaran que eran árboles. Candela intentó, de verdad lo intentó. Pero cuando el hombre les pidió que “abrieran sus ramas para recibir la luz del sol”, no pudo evitar pensar en un meme de un gato abrazando un árbol. La risa reprimida se le escapó en forma de un leve jadeo que atrajo varias miradas.

—Lo siento —murmuró, llevándose una mano al pecho—. Mi chakra del humor se abrió demasiado.

Capítulo 20: Ayahuasca y el Viaje al Corazón del Surrealismo

El siguiente taller, un retiro de ayahuasca fue el punto culminante de su búsqueda espiritual. Llegó a una cabaña en medio del bosque, rodeada de otras almas perdidas que parecían recién salidas de un casting para una película independiente.

El chamán, un hombre con una túnica y una barba que parecía una mascota propia, los recibió con un discurso sobre la madre naturaleza y el poder de la planta sagrada. Laura, su asistente cantaba mirando al cielo, esperando el milagro del pan y los peces (en forma de Alejandro)

—Esta noche viajaremos al centro de nuestra esencia, la ayahuasca no te da lo que quieres, sino lo que necesitas —dijo con gravedad el chamán, mientras Laura, repartía tazas con un líquido marrón que olía a bosque mojado—. Pero cuidado, la planta solo te muestra lo que estás listo para ver.

Candela bebió con aprensión. Al principio no pasó nada. Pero entonces... pasaron muchas cosas.

De repente, el chamán tenía tres cabezas, y cada una hablaba en un idioma diferente. El suelo comenzó a moverse como si fuera a abrirse la tierra en cualquier momento, y Candela sintió que su alma salía de su cuerpo para observar la escena desde arriba.

— ¡Soy un murciélago! —gritó un hombre, corriendo por la sala con los brazos abiertos.

Una mujer comenzó a cantar ópera en italiano, aunque no sabía italiano. Mientras tanto, Candela se encontraba conversando con una versión holográfica de sí misma. Se preguntaba y se respondía ella sola.

— ¿Qué estás buscando? —le preguntó su yo holográfico.

—Algo que tenga sentido —respondió Candela, antes de darse cuenta de lo absurdo de su respuesta.

Al día siguiente, mientras desayunaban frutas y té, el chamán les pidió que compartieran sus experiencias.

—Vi el universo entero en el rostro de mi perro —dijo uno de los asistentes, con lágrimas en los ojos.

—Yo me convertí en una estrella —añadió otro, tocándose el pecho con reverencia.

Cuando le tocó el turno a Candela, simplemente dijo:

—Creo que necesito un descanso de todo esto.

El chamán asintió, como si su respuesta fuera profundamente sabia. Pero para Candela, era simplemente la verdad: quizá el problema no era Tinder ni los talleres ni los plátanos pegados a la pared. Quizá el problema era que estaba buscando sentido en lugares donde no había ninguno.

Y con esa reflexión, se prometió tomarse la vida menos en serio. O, al menos, intentarlo.

Capítulo 21: Los Cuencos, las Vibraciones y el Despertar del Chakra cabra

Candela con más moral que mi prima sietemesina, llegó al taller de cuencos tibetanos con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

Había visto un anuncio que prometía “conectar con la vibración del universo” y pensó que, después del plátano pegado a la pared y la montaña de zapatos, no tenía nada que perder. ¿Qué daño podían hacer unos inofensivos cuencos?

La sala estaba decorada con mandalas, velas y una nube de incienso que amenazaba con hacerla estornudar. Un grupo de personas ya estaba sentado en círculo en colchonetas, mientras la facilitadora, una mujer de cabello blanco y túnica fluida, disponía un semicírculo de cuencos de diferentes tamaños en el centro.

—Bienvenidos, almas bellas —dijo la facilitadora con una voz que sonaba como si la hubiera entrenado para calmar bebés inquietos—. Hoy vamos a abrir nuestros canales de energía y armonizar nuestras vibraciones.

Candela se sentó entre un hombre que llevaba una camiseta de “Vibrar Alto” y una mujer que parecía estar rezando en silencio. Mientras observaba los cuencos, que parecían más adecuados para preparar ensaladas que para “sanar energías”, intentó mantener la mente abierta.

La facilitadora comenzó a explicar los fundamentos del taller.

—Cada cuenco tiene una frecuencia específica que resuena con uno de nuestros chakras. Este, por ejemplo —dijo, señalando un cuenco grande—, está conectado con el chakra raíz. Si sienten un cosquilleo en la base de la columna, es que está funcionando.

Candela pensó que, si sentía algo en la base de su columna, probablemente era el cojín incómodo en el que estaba sentada. Pero decidió no comentar nada.

La sesión comenzó con la facilitadora golpeando suavemente el cuenco más grande. Un sonido profundo llenó la sala, y todos cerraron los ojos, como si estuvieran experimentando una revelación divina. Candela obedeció, aunque no pudo evitar pensar que el ruido era sorprendentemente similar al zumbido del microondas de su cocina.

—Sientan cómo la vibración los conecta con la tierra —susurró la facilitadora.

A su lado, la mujer empezó a respirar de forma tan intensa que Candela abrió un ojo para asegurarse de que no estaba teniendo un ataque de pánico. Pero no, parecía más bien emocionada.

La facilitadora pasó al siguiente cuenco, más pequeño, y anunció que este conectaba con el chakra sacro.

—Si sienten calor o emoción en el vientre, es porque su energía creativa está despertando.

Candela no sentía nada, salvo una vaga necesidad de ir al baño. Pero a su izquierda, el hombre de la camiseta de “Vibrar Alto” levantó las manos al cielo.

— ¡Lo siento! —dijo con un entusiasmo que hizo que todos abrieran los ojos.

—Déjalo fluir —respondió la facilitadora con una sonrisa.

Nuestra protagonista, y ya heroína, reprimió una carcajada. El hombre parecía estar teniendo una experiencia trascendental, y ella apenas podía concentrarse con todo el incienso en el aire.

Llegó el turno del cuenco del chakra del corazón. La facilitadora lo golpeó con un mazo cubierto de terciopelo, produciendo un sonido agudo y vibrante.

—Este sonido conecta con el amor universal —dijo—. Si sienten calor en el pecho, es porque su corazón se está abriendo.

En ese momento, la mujer a su lado empezó a llorar.

— ¡Es tan hermoso! —sollozó—. Siento que... siento que me reconcilio con todo.

Candela le ofreció un pañuelo de su bolso, aunque la mujer parecía demasiado emocionada como para usarlo.

Mientras la facilitadora seguía con el siguiente cuenco, Candela comenzó a distraerse. Cerró los ojos e intentó concentrarse, pero el hombre a su izquierda estaba haciendo un ruido extraño, como un ronroneo.

— ¿Estás bien? —le susurró.

—Es mi energía fluyendo. —El hombre abrió los ojos con una mirada de éxtasis.

—Claro —respondió Candela, girándose para evitar que viera su expresión.

El momento cumbre llegó con el cuenco del tercer ojo. La facilitadora golpeó el cuenco más pequeño con precisión milimétrica, produciendo un sonido agudo que resonó como una campana. Candela intentó mantenerse seria mientras la facilitadora decía:

—Sientan cómo su intuición se abre. Si notan presión en la frente, es porque su tercer ojo está despertando.

Candela no sintió presión, pero sí un leve dolor de cabeza, probablemente del sonido. A su lado, el hombre de “Vibrar Alto” levantó las manos al cielo otra vez.

— ¡Puedo ver mi vida pasada! ¡Era un chamán en el Tíbet!

Candela lo miró de reojo.

— ¿Seguro que no eras el mazo del cuenco? —murmuró, sin poder evitarlo.

El hombre no la escuchó, demasiado absorto en su "revelación". Candela cerró los ojos e intentó concentrarse, pero lo único que vio en su mente fue la lista del supermercado.

Cuando finalmente terminó la sesión, la facilitadora les pidió que compartieran sus experiencias.

—Fue increíble —dijo la mujer llorosa—. Siento que he sanado heridas de mi infancia.

—Mi tercer ojo está abierto —anunció el hombre—. Y está viendo cosas maravillosas.

Cuando llegó el turno de Candela, todos la miraron con expectación. Ella respiró hondo y dijo:

—Creo que necesito practicar más. Mi tercer ojo sigue de vacaciones.

Candela sabía la verdad: si algo estaba despertando, era su capacidad para sobrevivir a la tontería humana. Esa tarde, Candela abandonó definitivamente la idea de repetir más talleres, ni exposiciones, ni pollicas en vinagre. Ese viernes se olvidaría de todo, y se dejaría llevar por

experiencias verdaderas, había quedado con un compañero de trabajo de Andrea. Marco, un hombre ejemplar, el novio ideal al que su pareja lo había dejado y andaba destrozado. Al parecer era de ese tipo de hombres que ya no existen. Amable y detallista, siempre enamorado atendiendo los deseos de su pareja. Pero Martina, su chica, solo pensaba en el poliamor, y él no iba a permitir semejante humillación. “Ante todo formalidad”, ese era su lema. Y Candela pensó que un hombre así era un tesoro, y que con un poco de suerte, podría ser al fin su candidato ideal.

Capítulo 22: El Hombre de las Mil Caras (duras)

Candela se miraba en el espejo mientras se aplicaba el último toque de maquillaje. Había pasado semanas evitando citas, talleres, y cualquier cosa que sonara a búsqueda de sentido. Después de los cuencos tibetanos, el plátano pegado a la pared y un retiro espiritual que casi la convierte en la protagonista de una película de David Lynch, decidió que su única misión ahora era: diversión sin pretensiones. Y ese viernes tenía una cita con Marco, el supuesto “hombre ideal”.

—Es un tesoro, de verdad —le había dicho Andrea con tono casi solemne—. Martina lo dejó porque ella estaba obsesionada con el poliamor. Pero Marco... Marco es de los pocos hombres que quedan como los de antes. Amable, fiel, detallista.

Candela, que ya no se tragaba cuentos de príncipes ni de tesoros ocultos, decidió no preguntar más. De todas formas, ¿qué era lo peor que podía pasar?

Marco la esperaba en la barra del restaurante, impecablemente vestido y con una sonrisa que parecía ensayada frente al espejo. Era atractivo, con esa clase de cara que habría resultado perfecta en los años 50, cuando los hombres posaban con cigarrillos en anuncios de whisky.

—Candela, encantado. Andrea me ha hablado maravillas de ti —dijo, estrechando su mano con un contacto firme pero no demasiado.

—Espero que no todas sean mentiras —respondió Candela con una sonrisa, sentándose junto a él.

El camarero llegó, y Marco, con un gesto elegante, pidió una botella de vino que, según él, “era perfecta para la ocasión”. Candela notó cómo la camarera le lanzó una mirada que podría haber significado cualquier cosa, pero decidió ignorarlo.

La conversación fluyó. Marco hablaba con calma, como si cada palabra estuviera perfectamente calculada. Le contó que era un hombre de principios, que no creía en el amor moderno con sus “experimentaciones absurdas” y que lo único que buscaba en una relación era entrega y respeto mutuo.

—Martina era genial, pero... —suspiró, como si estuviera recordando un poema perdido—, no podía aceptar sus ideas del poliamor. No soy de esos hombres.

—Claro... —dijo Candela, sintiendo que algo no cuadraba.

Con cada palabra que decía Marco, Candela pensaba que todo era demasiado perfecto. Él era amable, sí, pero de esa amabilidad que uno aprende a sospechar con la experiencia. Y entonces, como un regalo del destino, su móvil vibró sobre la mesa. Marco, demasiado seguro de sí mismo, no se molestó en apagarlo.

Candela echó un vistazo fugaz a la pantalla. No podía evitarlo. El mensaje decía: “Hola, guapo. ¿Esta noche nos vemos? ❤️ ”. El remitente: “Paula Gim”.

— ¿Todo bien? —preguntó Candela, sonriendo dulcemente.

Marco agarró el móvil rápidamente y lo puso boca abajo.

—Sí, es... trabajo.

Candela arqueó una ceja.

— ¿Trabajo? ¿A estas horas? ¿Con corazones?

Marco se rio, algo nervioso.

—Bueno, soy muy cercano a mis compañeras de equipo. Somos como una familia.

—Ajá... —dijo Candela, apoyando la barbilla en su mano y mirándolo fijamente.

El momento de la verdad

La cena continuó, aunque ahora Candela estaba mucho más interesada en observar los pequeños detalles que Marco intentaba ocultar. Como el hecho de que su móvil vibraba cada cinco minutos y que cada vez que lo hacía, Marco hacía un esfuerzo monumental por ignorarlo.

Finalmente, Candela decidió que era hora de divertirse un poco.

—Entonces, Marco, dime... ¿qué opinas del poliamor? —preguntó, fingiendo curiosidad.

Marco casi se atraganta con el vino.

—No es para mí. Creo que es una excusa para no comprometerse de verdad. Yo soy un hombre de... —hizo una pausa dramática—, principios.

Candela sonrió, inclinándose hacia él.

— ¿Y esos principios incluyen responder a mensajes con corazones a las “compañeras de equipo”?

Marco abrió los ojos como platos, claramente atrapado.

—Es una amiga. No significa nada.

—Claro, claro. —Candela asintió, juguetona—. ¿Y también fue tu amiga Martina cuando encontró todos esos mensajes en tu móvil?

Marco la miró, ahora con una mezcla de vergüenza y sorpresa.

—Andrea te contó...

—No. Lo deduje. —Candela se recostó en su silla con una sonrisa triunfal—. Mira, Marco, estoy segura de que eres un hombre de muchos talentos. Pero también estoy segura de que esos talentos están mejor empleados en otra parte.

Marco intentó defenderse, balbuceando algo sobre “malentendidos” y “amistades que se confunden”, pero Candela ya había decidido que no iba a perder ni un minuto más con él.

Se levantó, dejando su servilleta sobre la mesa.

—Gracias por la cena, Marco. Ha sido... reveladora. —Se giró hacia el camarero—. La próxima vez, si alguien pide vino para “la ocasión”, asegúrate de que no venga con drama incluido.

Y con eso, salió del restaurante, dejando a Marco con la boca abierta y el móvil vibrando.

Esa noche, mientras caminaba a casa bajo las luces de la ciudad, Candela no pudo evitar reírse. Marco, otro “hombre ideal” en apariencia, pero solo eso: una apariencia.

—A lo mejor debería intentar el poliamor —pensó con ironía—. Al menos, la honestidad está incluida en el paquete.

Y con esa idea absurda, se prometió que, al menos por un tiempo, la única cita que tendría sería con ella misma y una buena copa de vino. Sin corazones, ni emojis, ni dramas.

Capítulo 23: Un Reencuentro Inesperado

Candela había decidido tomarse un descanso de las citas. Esta vez de verdad. No más hombres perfectos que resultaban ser coleccionistas de infidelidades, ni gurús espirituales que hablaban con su tercer ojo, ni psicópatas emocionales con una “estrategia del deseo”. No. Esa noche no habría drama, solo ella, Andrea y una copa de vino en una charla literaria con gente culta y, lo más importante, no sexualmente amenazante.

—No puede salir mal —le dijo a Andrea mientras entraban en la librería-cafetería donde se celebraba el evento—. Esta vez no hay posibilidad de desengaño, porque no estoy aquí para ligar.

Andrea, con su cara de “no digas eso o la vida te lo va a refregar en la cara”, asintió sin mucho entusiasmo.

El lugar estaba lleno de gente que intentaba parecer interesante: hombres con gafas de pasta que no necesitaban, mujeres con boinas y un par de tipos que, en un esfuerzo por diferenciarse del resto, llevaban pajaritas. En el centro, el autor de la noche, un señor con pinta de haber sufrido mucho en la vida (seguramente por su propia elección) leía fragmentos de su novela con una solemnidad que hacía parecer que estaba recitando un testamento.

—La soledad es un mar sin orillas... —entonó, con la voz grave y dolorida de quien ha llorado por lo menos tres veces antes del desayuno.

—Y aquí estamos, nadando en él sin chaleco —murmuró Candela, bebiendo un sorbo de su copa.

Andrea rió en voz baja, pero de repente, sus ojos se agrandaron como si acabara de ver a un fantasma.

—Candela... no te alteres, pero detrás de ti hay un hombre mirándote.

—Si es mi destino romántico, que se ahorre el esfuerzo —respondió sin girarse.

—No, en serio. Es un hombre guapo. O lo era antes de que su cara pasara de curiosidad a puro desconcierto.

Candela suspiró y se giró lentamente. Y ahí estaba.

Alejandro.

El hombre que besaba a una mujer con la intensidad de un protagonista de novela rosa... mientras miraba a otra con la intensidad de un acosador.

El periodista.

El desastre humano con pinta de tipo normal.

—Tierra, trágame —susurró Candela, volviendo a girarse tan rápido que casi se le cae la copa.

Pero ya era tarde. Alejandro también la había reconocido.

—No puede ser... —murmuró él, casi para sí mismo, con una mezcla de sorpresa y resignación.

Se quedó quieto unos segundos, procesando el hecho de que la mujer que le había provocado una

crisis existencial estaba allí, a menos de dos metros, aparentemente interesada en una charla literaria sobre la desolación existencial de un hombre que perdió un calcetín en la lavadora y de ahí dedujo el vacío de la vida.

Y entonces, como si el destino tuviera sentido del humor, Andrea y el amigo casado de Alejandro, Iván, se reconocieron al mismo tiempo.

— ¡Andrea! —exclamó Iván.

— ¡Iván! —dijo Andrea, sonriendo de oreja a oreja.

— ¡Vaya coincidencia! —Siguió Iván—. Ven, te presento a mi amigo Alejandro...

—Nos conocemos —dijeron Alejandro y Candela al unísono.

Andrea e Iván los miraron con curiosidad.

— ¿En serio? —preguntó Andrea con una sonrisa traviesa.

Candela inspiró hondo y se preparó para lo inevitable.

—No exactamente —dijo Alejandro, rascándose la nuca—. Nos hemos... visto.

—Sí, “visto” es una palabra interesante —respondió Candela, cruzando los brazos.

Alejandro suspiró. Sabía que no podía evadirlo, así que lo soltó.

—Vale, Candela, confieso algo. Te seguí en coche.

Silencio.

Andrea e Iván pestañearon al unísono.

— ¿Perdón? —preguntó Andrea, tratando de no reírse.

— ¡Pero no fue en plan perturbador! —Se defendió Alejandro—. Te vi salir del restaurante, me pareciste interesante y...

—Y la seguiste hasta su casa como un psicópata —concluyó Iván, divertido.

— ¡No fue así! —Protestó Alejandro—. Bueno, técnicamente sí, pero no con malas intenciones.

Candela lo miró fijamente, disfrutando cómo se hundía en su propio desastre.

—Déjame ver si entiendo —dijo—. Tú estabas besando apasionadamente a una mujer cuando me viste. Mientras la besabas, te preguntaste quién era yo y, en vez de seguir con tu noche, me seguiste.

—Exacto —dijo Alejandro sin pensar.

Candela alzó una ceja.

—Quiero decir... No exacto, exacto, pero...

Andrea estalló en carcajadas.

—Dios mío, esto es increíble. —Se giró hacia Iván—. ¿Y tú sabías esto?

—No, pero esto me hace muy feliz —respondió Iván, riendo.

Alejandro suspiró y miró a Candela con una mezcla de rendición y diversión.

—Mira, no sé cómo justificarlo. Me pareciste interesante. No iba a tocar el timbre de tu casa ni nada.

—Bueno, menos mal, porque si lo hacías te habría denunciado.

Alejandro sonrió, y por primera vez, Candela notó que sus ojos eran realmente bonitos. No, Candela. No empieces.

—En mi defensa, te debo una copa por esto.

Candela miró su copa vacía.

—Buena excusa para invitarme a una copa.

—Sí, pero si aceptas, prometo que esta vez no te seguiré a casa.

Candela se mordió el labio, ocultando una sonrisa.

Andrea e Iván intercambiaron miradas. Algo interesante acababa de pasar.

—Vamos, una copa, sin compromisos —insistió Alejandro—. Para equilibrar la balanza del destino.

Candela lo pensó un momento. Estaba decidida a no tener más citas desastrosas. Pero, técnicamente, esto no era una cita.

—De acuerdo —dijo, tomando su abrigo—. Pero si en algún momento siento que me estás siguiendo, esta copa terminará en tu cara.

—Trato hecho —respondió Alejandro, alzando las manos en señal de paz.

Andrea e Iván los vieron salir del local con una sonrisa cómplice.

—Esto va a ser divertido —dijo Andrea.

—Va a ser un desastre —respondió Iván.

—Exacto —sonrió Andrea—. Y por eso va a ser tan divertido.

Capítulo 24: El Retorno de Valeria (Y Su Sed de Venganza)

Candela tenía resaca. No de alcohol, sino de pensamientos. La no-cita con Alejandro le había dejado un revoltijo mental peor que una ensalada mal aliñada. ¿Por qué había aceptado tomar una copa con un hombre que, días antes, había estado besando a otra mientras la miraba a ella con expresión de novela turca? ¿Por qué había sentido, en un momento fugaz, que le caía bien? ¿Estaba perdiendo el juicio?

Con la necesidad urgente de aire fresco y café en vena, decidió refugiarse en su librería favorita. Un espresso doble y una novela absurda serían su medicina. Entró al local, saludó con una sonrisa al camarero de siempre y se dirigió a la sección de narrativa contemporánea.

Fue entonces cuando lo sintió.

La presencia.

Esa sensación de que alguien la observaba demasiado fijamente como para ser casual.

Candela entrecerró los ojos y echó un vistazo alrededor. Entre los estantes de ensayo, disimulando detrás de un libro, había una mujer con un abrigo largo, gafas de sol gigantes y un sombrero de ala ancha que parecía robado del vestuario de una película de espías de los años 50.

La mujer sostenía un libro al revés.

Candela frunció el ceño.

—Vale, esto ya es ridículo —murmuró.

Se acercó, fingiendo ojear un ejemplar de *Mujeres que corren con los lobos* (un título que, en este caso, le parecía peligrosamente adecuado). La mujer intentó esconderse aún más tras el libro, sin éxito.

"Perdona... ¿nos conocemos? Porque llevas cinco minutos mirándome como si te hubiera robado la infancia."

La mujer se tensó, bajó el libro lentamente y, con un movimiento dramático, se quitó las gafas de sol.

—Mierda. —Murmuró, cerrando el libro con fuerza—. ¿Cómo me descubriste?

Candela arqueó una ceja.

—Bueno, el abrigo, el sombrero, las gafas en interiores y el hecho de que estabas sosteniendo *Orgullo y Prejuicio* al revés fueron pistas bastante sutiles.

Valeria suspiró teatralmente y dejó las gafas sobre la mesa con aire derrotado.

—No sirvo para esto...

—No. No sirves.

—Pero tenía que intentarlo.

Candela tomó asiento frente a ella y la observó con una mezcla de curiosidad y diversión. Valeria

la miraba como si intentara decidir si debía estrangularla con una bufanda de cashmere o pedirle consejos de vida.

—A ver, ¿por qué me sigues? —Preguntó Candela, removiendo el azúcar en su café—. Si es para venderme un seguro, te aviso que tengo uno bastante decente.

—No es por ti. —Valeria se inclinó sobre la mesa con los ojos entrecerrados—. Es por Alejandro.

Candela dejó de remover el café.

— ¿Perdón?

—No te hagas la tonta. Sé que te estás acostando con él.

Candela estuvo a punto de escupir el café.

— ¡¿QUÉ?!

—No lo niegues. —Valeria cruzó los brazos—. Anoche los vi salir juntos de la librería.

— ¿Nos viste? —Candela la miró incrédula—. ¿Me seguiste?

—No exactamente... bueno, sí, pero solo porque estoy protegiendo lo que es mío.

Candela soltó una carcajada.

— ¿Lo que es tuyo?

Valeria golpeó la mesa con un puño.

— ¡Exacto!

—Pero... —Candela hizo un gesto exagerado con las manos—. ¿No se supone que ustedes dos... ya no están juntos?

—Técnicamente no. —Valeria hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Pero tampoco hemos terminado realmente.

—Sí, bueno, en los términos legales y emocionales del mundo real, eso se llama: "rompimos y él ha seguido con su vida".

— ¡No! —Exclamó Valeria—. Él solo está confundido. Y lo que me confunde es qué haces tú en esta ecuación.

Candela bufó, apoyándose en la mesa.

—Escucha, Valeria. No estoy con Alejandro. De hecho, no sé ni qué hago hablándote de esto.

— ¡Pero aceptaste su copa!

— ¿Qué? ¿Ahora eso me convierte en su prometida?

—No, pero te convierte en un obstáculo.

Candela la miró fijamente.

—Valeria, no sé si has notado esto, pero Alejandro no te quiere.

Valeria se quedó callada un segundo, luego sonrió con frialdad.

—Oh, querida... eso es lo que él cree.

Candela cerró los ojos y respiró hondo. La mujer estaba completamente loca.

—Y dime... ¿exactamente qué piensas hacer?

—Voy a humillarlo públicamente.

Candela volvió a reír.

—Esto cada vez mejora más.

—Voy a exponerlo en la fiesta de su amigo Iván este sábado.

Candela arqueó una ceja.

—¿Y qué exactamente vas a exponer?

—Algo encontraré.

—¿Y cómo vas a entrar a la fiesta?

Valeria sonrió con autosuficiencia.

—Tengo mis métodos.

—Déjame adivinar: gafas de sol y un libro al revés.

Valeria la fulminó con la mirada.

—No me subestimes, Candela. Soy más astuta de lo que crees.

Candela se levantó, negando con la cabeza.

—Bien, haz lo que quieras. Pero si terminas en la cárcel, no me llames.

Y con eso, salió de la librería, dejando a Valeria con su mirada encendida de alguien que estaba dispuesta a provocar el caos.

Candela revisó su móvil.

Un mensaje de Andrea:

Andrea: ¿Qué tal la mañana?

Candela: Me encontré con Valeria. Está tramando venganza contra Alejandro.

Andrea: JAJAJAJAJAJA. Voy a por palomitas. Cuéntame TODO.

Candela sonrió.

Por mucho que quieras, a veces no puedes evitar el desastre, a veces el desastre te encuentra... con gafas de sol y un libro del revés.

Capítulo 25: La Fiesta y la Locura

Candela no tenía ganas de salir. Después del encuentro con Valeria en la librería, se había convencido de que la mejor manera de evitar el caos era quedarse en su casa, ponerse una mascarilla facial y ver una comedia romántica con una protagonista que no estuviera rodeada de personas mentalmente inestables.

Pero Andrea tenía otros planes.

—No puedes dejar que la vida se te escape. —le dijo, mientras rebuscaba en su armario un vestido decente—. Necesitas diversión, necesitas distracción, necesitas... esta fiesta.

—Lo que necesito es estabilidad emocional. —Candela resopló desde la cama—. Y un detector de locos para evitar a gente como Valeria.

—Mira, te prometo que será solo una reunión tranquila con gente normal.

Candela la miró con desconfianza.

—¿Alejandro va?

—Sí.

—Entonces ya no es una reunión tranquila.

—Vale, te concedo ese punto. —Andrea sonrió—. Pero eso no significa que no debas ir.

Candela suspiró. Sabía que su amiga no iba a rendirse. Así que, treinta minutos después, allí estaba: vestida de negro, con tacones moderados y con una copa de vino en la mano, observando cómo la fiesta de Iván se desarrollaba como un zoológico sin supervisión.

Gente riendo a carcajadas, música más alta de lo necesario y un grupo de tipos discutiendo si el poliamor era una revolución o una excusa para no comprometerse.

Y, por supuesto, allí estaba Alejandro.

Camiseta blanca, chaqueta oscura, copa en la mano y una sonrisa ladeada que indicaba que la estaba buscando.

Candela sintió una punzada de emoción mezclada con peligro.

—No me mires así. —Alejandro apareció a su lado—. Parece que estuvieras evaluando si me das la espalda o me tiras el vino encima.

—Todavía no lo decido.

Alejandro rio, mirándola con esa expresión de me gustas pero no quiero decírtelo porque complicaría todo.

—Me alegra que hayas venido.

—Bueno, intenté evitarlo, pero Andrea me secuestró.

—Es buena en eso.

Candela sonrió y tomó un sorbo de su copa. Algo estaba pasando entre ellos y ninguno de los dos

se atrevía a decirlo.

Pero justo cuando la tensión estaba a punto de volverse insoportable, un ruido de tacones y furia interrumpió la escena.

—¡ALEJANDRO!

Los invitados se giraron. Andrea y Candela se miraron. Iván casi escupió su cerveza.

Valeria había llegado.

Vestida como una diva de telenovela mexicana, con el cabello más peinado de lo normal y una mirada llena de venganza y champán barato, irrumpió en la sala como si estuviera en el clímax de una ópera dramática.

Alejandro cerró los ojos.

—No.

—Sí. —susurró Candela, divertida.

— ¡Vine a decir la verdad! —exclamó Valeria, alzando una copa vacía como si fuera un arma.

Alejandro suspiró y se frotó la cara.

—Valeria, ¿cómo entraste aquí?

—Tengo mis métodos.

— ¿Entraste por la ventana?

— ¡Eso no es importante ahora! —Valeria sacudió la copa—. ¡Lo importante es que la gente sepa quién eres en realidad!

Iván se cruzó de brazos, completamente fascinado.

—Esto es mejor que cualquier serie de Netflix.

—Alejandro es un farsante. —Continuó Valeria, paseando por la sala como una abogada en pleno juicio—. Un hombre que no sabe lo que quiere, que juega con las mujeres como si fuéramos personajes secundarios en su serie de televisión emocional.

—Bueno, gracias por esa revelación. —Respondió Alejandro con paciencia—. Ahora, ¿te importa irte?

— ¡Aún no he terminado!

Candela ya no podía más. La escena era tan absurda que solo necesitaba palomitas para completar la experiencia.

—Valeria... —dijo con una sonrisa traviesa—. ¿Y cuál es tu gran prueba?

Valeria la fulminó con la mirada.

— ¡No necesito pruebas! Tengo mi intuición.

—Ah. Claro. —Candela asintió—. La justicia Valeriana se basa en presentimientos.

— ¡Exacto! —gritó Valeria sin captar el sarcasmo.

—Bueno, entonces quedamos todos absueltos. —Alejandro terminó su copa—. Valeria, te lo digo en serio. Vete.

Valeria abrió la boca para replicar, pero Andrea apareció de la nada y le quitó la copa de la mano.

—Amiga, creo que es hora de retirarte.

— ¡No! ¡Esto no ha terminado!

—Sí, lo ha hecho. —Andrea le dio una palmadita en la espalda—. Llamé un taxi.

— ¡No necesito un taxi!

—Oh, pero el taxista sí te necesita a ti. —Iván la tomó de los hombros con una amabilidad inquietante—. Vamos, Valeria. Si nos das un buen escándalo, prometo que te grabo y te hacemos viral.

Valeria se quedó quieta.

— ¿Viral?

—Sí. “Ex vengativa irrumpe en fiesta y es expulsada con honores”. Suena bien.

Valeria lo pensó un momento y, con un último ¡esto no ha terminado!, salió de la fiesta como una reina destronada.

Iván la vio desaparecer por la puerta y suspiró.

—Dios, la vida es maravillosa.

Candela, por su parte, seguía riéndose. Alejandro la miró y negó con la cabeza.

— ¿Por qué siento que te estás divirtiendo demasiado?

—Porque esto es lo más entretenido que me ha pasado en meses.

Alejandro la observó en silencio. Por un momento, el escándalo quedó en segundo plano. La veía reír, relajada, con el cabello cayendo sobre los hombros, sin filtro ni preocupación. Y sintió un vuelco en el pecho.

No era normal que alguien se metiera en su cabeza de esta manera. Pero Candela lo hacía sin siquiera intentarlo.

— ¿Qué pasa? —preguntó ella, aun sonriendo.

Alejandro dudó un segundo y luego se encogió de hombros.

—Nada. Solo me gusta verte reír.

Candela lo miró con una mezcla de sorpresa y algo más peligroso. Algo parecido a un inicio.

Y ahí estaba. La tensión.

Los dos lo notaron. Y ninguno de los dos supo qué hacer con ello.

Iván y Andrea los observaron desde lejos.

—Lo supe desde el primer día. —Andrea sonrió.

—Sí. —Iván asintió—. Solo les falta un empujón.

Y el universo parecía tenerlo preparado.

Capítulo 26: Cada vez más cerca

Candela no podía dejar de sonreír. La fiesta había sido un espectáculo digno de una telenovela, con Valeria como la villana desquiciada y Alejandro como el héroe desconcertado. Pero lo más inquietante no había sido eso.

Lo más inquietante había sido la forma en que Alejandro la había mirado justo antes de que todo terminara. Como si estuviera descubriendo algo que no sabía que buscaba.

Y eso la ponía nerviosa.

— ¿Y ahora qué? —Preguntó Andrea mientras ambas se acomodaban en la cama de Candela con una copa de vino—. Porque, amiga, te lo digo ya: ese hombre está en el hoyo. Y el hoyo eres tú.

—No digas tonterías. —Candela bebió un sorbo de vino—. Es Alejandro. Un tipo que hasta hace una semana me parecía un desastre humano.

—Y ahora...

—Y ahora es un desastre humano con una sonrisa interesante.

Andrea soltó una carcajada.

—Dios, estás jodida.

Candela suspiró y apoyó la cabeza en la almohada.

— ¿Tú crees?

—Lo sé. He visto suficientes comedias románticas para reconocer el momento exacto en que la protagonista se da cuenta de que está en problemas.

Candela miró el techo. Sabía que algo estaba pasando entre ellos. Lo sentía en la forma en que él la miraba, en cómo su conversación fluyó después de la fiesta, en la manera en que ninguno de los dos parecía querer despedirse esa noche.

Pero justo cuando pensaba en todas esas cosas, el móvil vibró.

Alejandro: "¿Sigues despierta?"

Candela parpadeó. Miró el reloj. Eran casi las dos de la madrugada.

Andrea miró la pantalla y silbó.

—Madrugadas peligrosas.

—Cállate.

Candela tomó aire y respondió:

Candela: "Sí. ¿Qué pasa?"

Él tardó en responder. Como si estuviera debatiéndose si enviar el mensaje o no. Finalmente, lo hizo.

Alejandro: "Nada en especial. Solo quería hablar contigo."

Candela sintió un vuelco en el estómago.

—Oh, mierda.

Andrea la miró con diversión.

— ¿Qué?

—Me gusta.

Andrea alzó los brazos como si hubiera ganado una apuesta.

— ¡LO SABÍA!

Candela negó con la cabeza, incapaz de contener la sonrisa.

Candela: "¿Hablar sobre qué?"

Alejandro: "Sobre por qué demonios me estoy riendo como un idiota escribiéndote este mensaje."

Candela mordió su labio.

—Andrea... ¿qué hago?

Andrea la miró como si acabara de hacer la pregunta más absurda de la historia.

— ¿QUÉ HACES? RESPONDERLE, OBVIO.

Candela lo hizo.

Candela: "Quizás es porque el universo te está diciendo algo y no lo estás escuchando."

Alejandro: "¿Y qué me está diciendo?"

Candela se rio.

Candela: "Eso tienes que averiguarlo tú."

El teléfono vibró unos segundos después.

Alejandro: "¿Puedo averiguarlo mañana? Con café. Contigo."

Candela sintió el corazón acelerarse.

Andrea, que seguía el intercambio como si fuera una serie en vivo, la sacudió del brazo.

— ¡DILE QUE SÍ, IMBÉCIL!

Candela respiró hondo.

Candela: "Vale. Pero yo elijo el café."

Alejandro: "Acepto. Pero yo elijo el lugar."

Candela: "Hecho."

Candela dejó el móvil en la mesita de noche y exhaló.

Andrea la miró con orgullo.

—Amiga, el hoyo ya es un túnel. Y tú vas en caída libre.

Candela sonrió.

Y lo más aterrador de todo...

Es que le encantaba la sensación.

Capítulo 27: El Destino juega con los dados de Dios

Candela no podía creer que estuviera nerviosa por un café.

Había quedado con docenas de hombres en citas ridículas, había sobrevivido a encuentros con tipos infieles, gurús espirituales, fanáticos del poliamor, gemelos siameses y hasta un acosador emocional que lloraba en cada conversación.

Pero esto era diferente.

Porque esto no era una cita. O al menos, eso era lo que se repetía a sí misma mientras se miraba en el espejo y cambiaba de blusa por tercera vez.

— ¿Estás escuchando lo que dices? —Andrea la miraba desde la cama con cara de no puedo creer que seas tan idiota—. Si tienes que cambiarte de ropa cuatro veces y asegurarte de que tu pelo tiene "naturalmente" volumen, es una cita.

—No lo es. —Candela resopló—. Es solo... café.

—Claro. Y Valeria es solo... estable emocionalmente.

Candela la fulminó con la mirada.

— ¿Me ayudas o me dejas en paz?

—Te ayudaré cuando dejes de mentirte a ti misma.

Candela bufó, se puso un suéter aparentemente casual (pero perfectamente calculado para hacerle justicia a su figura) y agarró su bolso.

—Me voy.

Andrea la siguió hasta la puerta.

—Si vuelves con cara de "no fue nada", sabré que fue todo.

—Cállate.

—Disfruta tu cita.

— ¡NO ES UNA CITA!

Spoiler: sí lo era.

Un Café (que no era un café cualquiera)

Alejandro la estaba esperando en la terraza de una cafetería pequeña y acogedora, con aire de sitio que solo los locales conocían.

Llevaba una camisa arremangada, una chaqueta oscura y un café en la mano.

Y cuando la vio llegar, sonrió.

Candela sintió un cosquilleo en el estómago.

Maldita sea.

—Has llegado justo a tiempo. —Alejandro le señaló la silla frente a él—. Lo cual es sorprendente. Pensé que te harías la interesante.

—Lo hice. —Candela se sentó, sonriendo—. Pero la idea de café gratis pudo más que mi estrategia.

Él rió.

—Bueno, al menos admites tus motivaciones.

El camarero llegó y Candela pidió un espresso. Alejandro la observó con curiosidad.

—Eres una mujer de café fuerte.

—No me gustan las cosas aguadas. —Candela tomó la cucharilla y jugó con ella en la mesa—. ¿Tú qué bebes?

—Americano.

Candela puso cara de decepción.

—Vaya, qué aburrido.

—Es práctico.

—También lo es el agua de hospital, y no por eso la elijo.

Alejandro rio de nuevo.

Era tan fácil estar con él.

Demasiado fácil.

Y eso la asustaba un poco.

— ¿Sabes? —Dijo Alejandro de repente, con aire pensativo—. Hace una semana no habría imaginado estar aquí, tomándome un café contigo.

Candela lo miró con interés.

— ¿Por qué?

—Porque la primera vez que te vi, mientras besaba a otra persona, me pareciste... inalcanzable.

Candela arqueó una ceja.

—O sea, que tu idea de coqueteo es “mientras beso a otra, pienso en ti”.

— ¿Ves? —Alejandro sonrió—. Sabía que lo ibas a decir así.

Candela se apoyó en la mesa, divertida.

—Y dime, ¿qué fue lo que pensaste en ese momento?

Alejandro la miró fijamente.

—Que si me dabas la oportunidad, podríamos llegar a algo increíblemente bueno.

Candela sintió que se le secaba la boca.

Porque no lo dijo con dramatismo. No lo dijo con la torpeza de alguien que intenta

impresionarla.

Lo dijo con una sinceridad tan directa que le desarmó por completo.

—Vaya. —Candela fingió estar más tranquila de lo que realmente estaba—. Eres bueno con las palabras.

—Soy periodista. Viene con el paquete.

Candela lo observó.

Y entonces, lo supo.

Sabía que Alejandro no era como los otros.

Sabía que la hacía reír, que la entendía, que no la aburría, que la sorprendía.

Y lo peor de todo...

Sabía que ella quería saber qué pasaría si dejaba de resistirse.

Alejandro apoyó los codos en la mesa.

—Dime, Candela...

—Dime, Alejandro...

— ¿Por qué me sigues mirando como si quisieras besarme pero no te atrevieras a admitirlo?

Candela se quedó en silencio.

Porque no tenía una respuesta ingeniosa para eso.

Alejandro sonrió.

—Tranquila. Yo tampoco estoy listo para eso todavía.

Candela sintió un escalofrío.

Porque eso significaba que él también lo había pensado.

Que él también quería saber qué pasaría.

Pero que, al igual que ella, quería alargar el juego un poco más.

— ¿Entonces qué hacemos? —preguntó Candela, fingiendo indiferencia.

Alejandro bebió un sorbo de su café y la miró fijamente.

—Esperamos.

Candela sonrió.

Porque en ese momento, esperar le pareció la cosa más emocionante del mundo.

Capítulo 28: Fuera de Control

Candela estaba oficialmente fuera de control.

Pasó una hora y media eligiendo qué ponerse, cosa que no había hecho ni en sus citas más catastróficas. Se probó seis vestidos, descartó todos porque parecían "demasiado obvios", optó por algo "casual pero sexy sin esfuerzo"... y luego volvió a cambiarse tres veces más.

Andrea, que la observaba desde la cama con una copa de vino, estaba disfrutando cada segundo.

—Qué maravilla ver esto en directo. —Tomó un sorbo—. Siempre supe que esto pasaría.

— ¿Qué cosa? —preguntó Candela, con la cabeza metida en el armario.

—Que te enamorarías como una idiota.

Candela sacó la cabeza y la fulminó con la mirada.

—No estoy enamorada.

—Claro, claro. —Andrea asintió con sorna—. Por eso llevas media hora decidiendo si un escote sutil hará que piense en tus valores familiares o en arrancarte la ropa.

Candela le tiró un cojín a la cara.

— ¡No le doy tantas vueltas!

—Cariño... llevas tres minutos mirando fijamente ese pintalabios como si de su tono dependiera tu futuro emocional.

Candela se miró en el espejo con el pintalabios en la mano y suspiró.

— ¿Y si esto sale mal?

Andrea rodó los ojos.

—No va a salir mal.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando un hombre quiere estar contigo, se nota. Y Alejandro lo nota hasta un ciego.

Candela apretó los labios. Sabía que Andrea tenía razón.

Y eso era lo que la aterraba.

Porque si salía bien... estaba jodida.

Una Cita Que (Teóricamente) No Era Una Cita

Alejandro la estaba esperando en un restaurante demasiado bonito para ser "solo una cena entre amigos".

Llevaba una camisa blanca arremangada, un reloj negro y esa maldita sonrisa torcida que parecía

hecha para tentar a mujeres con problemas de compromiso.

— ¿Llegué tarde? —preguntó Candela, sentándose.

—No, pero esperaba que me hicieras esperar más. —Él le sirvió una copa de vino—. Me decepcionaste un poco.

—Lo siento. —Candela sonrió—. Intentaré ser más insoportable la próxima vez.

—Me gusta que haya una próxima vez.

Candela sintió un escalofrío y bebió un sorbo de vino para no darle el gusto de verla sonrojarse.

—Bueno, dime, Alejandro... —dijo, inclinándose sobre la mesa—. ¿Cómo es que un hombre como tú sigue soltero?

Alejandro sonrió.

— ¿Qué tipo de hombre crees que soy?

—Ah, esa es una pregunta tramposa. —Candela se llevó una aceituna a la boca—. Si te digo lo que creo, podría parecer que ya te he analizado.

— ¿Y no lo has hecho?

Candela lo miró fijamente.

—Eres un periodista. Sabes que la gente siempre observa más de lo que dice.

Alejandro la miró con admiración.

—Vale, me gustas.

Candela casi se atraganta.

— ¿Perdón?

—Me gustas.

Candela parpadeó.

—No puedes soltar eso así.

— ¿Por qué no? —Alejandro sonrió—. Eres lista, divertida, impredecible, y me desafías de una forma que no sé si me asusta o me fascina.

Candela se quedó sin palabras por primera vez en mucho tiempo.

— ¿Y ahora qué digo yo?

—Nada. Solo acéptalo.

Candela resopló y negó con la cabeza.

—Eres un cretino.

—Lo sé. —Alejandro bebió un sorbo de vino, mirándola fijamente.

Y Candela supo que estaba perdida.

Muy, muy perdida.

El Paseo Que Cambió Todo

Después de la cena, Alejandro insistió en caminar con ella.

Era una noche perfecta: la brisa, las luces de la ciudad, la sensación de que algo inevitable estaba a punto de pasar.

Candela lo sabía.

Alejandro lo sabía.

Y, sin embargo, ninguno hacía el primer movimiento.

—Bueno... —Candela se detuvo frente a su edificio—. Aquí estamos.

—Aquí estamos. —Alejandro se metió las manos en los bolsillos.

Silencio.

Un silencio que era todo menos incómodo.

Candela sintió el pulso acelerado.

¿Y si lo besaba?

No.

Él tenía que hacerlo primero.

Pero Alejandro no se movía.

¿Estaba jugando con ella?

— ¿Sabes qué es gracioso? —dijo él de repente.

— ¿Qué?

—Que desde que te conocí, he estado esperando este momento.

Candela sintió que le fallaban las rodillas.

— ¿Ah, sí?

—Sí. Y ahora que estoy aquí...

— ¿Qué?

Alejandro la miró intensamente.

—Ahora que estoy aquí, quiero prolongarlo un poco más.

Candela sintió una mezcla de frustración y deseo puro.

—Eres un imbécil.

—Lo sé.

Silencio.

Tensión.

Química.

Y entonces, finalmente, Alejandro lo hizo.

Se acercó, lento, suave, dándole tiempo a alejarse.

Candela no lo hizo.

Y cuando la besó, fue como si todo el maldito universo hubiera estado esperando ese momento.

Porque no fue un beso casual.

Ni un beso tímido.

Fue un beso de película.

Uno de esos que te dejan sin aire.

Que te cambian la historia.

Que te confirman lo que ya sabías.

Cuando se separaron, Alejandro apoyó la frente contra la de ella y sonrió.

—Sabía que esto iba a pasar.

Candela intentó recuperar la compostura.

—Cállate.

Alejandro rio y la besó otra vez.

Y esta vez, Candela no lo detuvo.

Capítulo 29: El Viento trae Revelaciones

Si Candela tuviera que describir cómo se sentía después de aquel beso, la respuesta habría sido algo entre ebria, iluminada y absolutamente jodida.

Porque, maldita sea, había sido el mejor maldito beso de la historia.

No de su historia personal, no. De la historia de la humanidad.

De los que te hacen olvidar cómo respirar. De los que te dejan en un estado de ¿quién soy y qué hago con mi vida ahora?

¿El problema?

Alejandro lo sabía.

Se lo veía en la maldita sonrisa triunfal que tenía cuando se despidió de ella esa noche, con la tranquilidad del que sabe que ha dejado a una mujer en estado de KO sentimental.

Y Candela no soportaba eso.

Por eso, pasó todo el día siguiente en un estado de pánico interno.

Intentó distraerse viendo series, pero cada vez que una pareja se besaba, recordaba el beso de Alejandro y quería estrellar la pantalla.

Intentó leer, pero su cerebro solo procesaba las palabras: “Alejandro”, “boca”, “manos”, “maldición”.

Intentó hablar con Andrea, pero eso fue un error.

—Bueno, bueno, bueno. —Andrea se acomodó en el sofá con una copa de vino—. ¿Y ahora qué?

— ¿Ahora qué qué?

—Pues qué va a pasar.

—Nada.

—Ah, claro. Te besaste con un hombre con el que llevas semanas tonteando y que te mira como si quisiera devorarte, pero nada va a pasar.

Candela se dejó caer en el sofá con cara de desesperación.

— ¿Por qué tuvo que besarme tan bien?

Andrea rio.

— ¿Sabes qué es peor?

— ¿Qué?

—Que ahora vas a encontrar la manera de sabotearlo.

Candela la miró indignada.

— ¡Eso no es cierto! No sé si es real, Andrea. No quiero volver a equivocarme.

—Oh, sí lo es. —Andrea la señaló con el dedo—. Cuando te gusta alguien de verdad, te entra el miedo y buscas una excusa para no seguir adelante.

Candela abrió la boca para protestar, pero no tenía ningún argumento sólido.

Andrea tenía razón.

Porque Candela tenía miedo.

Miedo de que Alejandro no fuera lo que parecía.

Miedo de que todo saliera mal.

Miedo de volver a sentir demasiado.

Y justo en ese momento, como si el universo le diera la excusa perfecta para correr en la dirección opuesta, su móvil sonó.

Candela miró la pantalla y parpadeó.

Era Valeria.

—No. —dijo en voz alta.

— ¿Qué? —preguntó Andrea.

Candela giró la pantalla para que pudiera verla.

Andrea casi escupe el vino.

— ¿Qué demonios quiere ahora?

Candela contestó con el alma en los pies.

— ¿Qué quieres, Valeria?

Valeria no perdió el tiempo.

—Necesito verte.

— ¿Para qué?

—Para salvarte.

Candela suspiró.

—Valeria, cariño... ¿te han diagnosticado algo últimamente?

— ¡Es en serio, Candela! Tengo pruebas de que Alejandro te está utilizando.

Candela sintió un escalofrío.

Andrea dejó la copa sobre la mesa.

—Dios santo, esto se pone bueno.

Candela se pasó una mano por la cara.

—Valeria... ¿qué mierda me estás diciendo?

—Ven al café de la esquina en una hora. Te lo mostraré.

Y colgó.

Silencio.

Andrea la miró con expectación.

—¿Vas a ir?

Candela cerró los ojos y suspiró.

—Sí.

—Dios, te adoro.

La Revelación de Valeria

Candela entró al café con la sensación de que estaba caminando directo a una trampa.

Valeria ya estaba ahí, con gafas de sol, como si fuera un agente encubierto del FBI.

Candela se dejó caer en la silla.

—Habla.

Valeria deslizó su móvil sobre la mesa.

—Mira esto.

Candela tomó el móvil con recelo y leyó el mensaje en pantalla.

Era de Paula.

Sí.

Paula.

La mujer con la que Alejandro se estaba besando la primera vez que la vio.

Y el mensaje decía:

"Alejandro, dime qué significa esto. ¿De verdad me dejaste porque te gusta otra? ¿O solo estás jugando con ella como lo hiciste conmigo?"

Candela sintió un golpe en el pecho.

—No.

Valeria sonrió.

—Sí.

Candela soltó el móvil como si quemara.

—Esto... esto no significa nada.

—¡Por supuesto que sí! —Valeria chasqueó los dedos—. ¡Te lo dije! ¡No es de fiar!

Candela apretó la mandíbula.

—No voy a sacar conclusiones hasta hablar con él.

Valeria resopló.

— ¿Y qué crees que te va a decir? ¿Qué te quiere?

Candela no respondió.

Porque la verdad es que tenía miedo de la respuesta.

El Enfrentamiento

No pasó ni dos horas antes de que Candela llamara a Alejandro y lo citara en un parque.

Cuando él llegó, se notaba que no tenía idea de lo que pasaba.

—Hola. —Alejandro sonrió, pero se desvaneció cuando vio su expresión—. ¿Qué pasa?

Candela cruzó los brazos.

— ¿Paula?

Alejandro parpadeó.

— ¿Qué pasa con Paula?

Candela sacó el móvil y le mostró el mensaje.

Alejandro lo leyó en silencio.

Y entonces hizo algo que la dejó helada.

Se rio.

— ¿Tienes ganas de morir? —preguntó Candela con voz letal.

Alejandro suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Dios... esto es una locura.

—Ah, sí, claro. Ahora soy yo la loca.

Alejandro la miró a los ojos.

—No, Candela. Lo loco es que dudes de mí cuando sabes lo que hay entre nosotros.

Candela sintió que todo se desmoronaba.

Porque una parte de ella sí lo sabía.

Pero otra parte, la que había sido jodida antes, tenía miedo.

—Dímelo, entonces. —Susurró—. Dime que no estoy perdiendo el tiempo contigo.

Alejandro la miró intensamente.

— ¿Eso es lo que crees?

Candela tragó saliva.

—Dímelo.

Alejandro inspiró hondo.

—Paula y yo terminamos porque yo quería algo real.

— ¿Y yo soy ese "algo real"?

Alejandro la tomó de la mano y la miró fijamente.

—Sí.

Candela sintió que todo su cuerpo se tensaba.

Porque si lo creía, tenía que saltar al vacío.

— ¿Confías en mí? —preguntó Alejandro.

Candela cerró los ojos.

Y supo que tenía que tomar una decisión importante.

Capítulo 30: Un Beso...

El beso había cambiado todo. Candela lo supo en el instante en que sus labios se separaron de los de Alejandro, con la piel todavía encendida y el corazón retumbándole en el pecho como un tambor de guerra. Ya no había marcha atrás.

Después de tantos desengaños, después de tantas historias absurdas, después de jurar que el amor era un chiste mal contado, ahí estaba ella: perdida y completamente encontrada en la forma en que Alejandro la miraba.

No lo admitiría en voz alta todavía, claro. Su dignidad tenía sus límites.

Pero Alejandro sabía. Y eso era aún peor.

El Momento Perfecto (Que Casi Se Arruina)

Una semana después, Candela recibió un mensaje inesperado.

Alejandro: “No hagas planes esta noche. Quiero llevarte a un sitio.”

Candela: “¿Eso es una orden?”

Alejandro: “Es una súplica disfrazada de orden. ¿Vienes?”

Candela sonrió.

Candela: “Te doy una oportunidad para sorprenderme. No la desperdicies.”

A las ocho en punto, Alejandro pasó a buscarla.

—Estás preciosa. —dijo, con esa maldita sonrisa que siempre parecía tener lista solo para ella.

—Lo sé. —respondió Candela, fingiendo indiferencia.

Alejandro rio y le tendió la mano.

—Ven conmigo.

La llevó a un mirador, uno de esos lugares escondidos de la ciudad donde el cielo parecía más grande y las luces urbanas dibujaban constelaciones artificiales. Había montado un pequeño picnic: una manta, un par de copas de vino, un termo con café (porque la conocía bien) y un libro.

Candela arqueó una ceja.

— ¿Un libro?

Alejandro tomó aire. Parecía nervioso.

—No es cualquier libro.

Se sentaron en la manta, con la brisa jugando con sus cabellos. Alejandro sacó una hoja doblada dentro del libro y la sostuvo entre los dedos.

—Es algo que escribí para ti.

Candela sintió que su respiración se detenía por un segundo.

— ¿Para mí?

Alejandro asintió.

—Sí. Y si me dejas, quiero leértelo.

Candela no se atrevió a hablar, así que simplemente asintió.

Alejandro desplegó la hoja, inspiró hondo y comenzó a leer...

Carta a una mujer que nunca quiso ser salvada

"Nunca creí en los amores inevitables hasta que te vi. Y no fue un flechazo. Fue una lenta caída, como quien se da cuenta demasiado tarde de que ya está en el fondo de un océano sin haber aprendido a nadar.

No sé en qué momento exacto te volviste irremplazable. No fue cuando reíste por primera vez con esa carcajada que desarma hasta al hombre más cínico. No fue cuando me miraste con los ojos brillantes después de un café y me preguntaste si el universo tenía sentido. No fue cuando discutiste conmigo sobre el final de un libro y me di cuenta de que podrías destrozarme con una frase y aun así, preferiría escucharte a ti antes que a cualquier otra persona.

Quizás fue el día en que descubrí que no necesitabas a nadie. Que eras autosuficiente, poderosa, libre. Y que, aun así, de todas las personas del mundo, de todos los caminos, de todas las posibilidades... elegiste caminar un rato a mi lado.

No quiero salvarte. Nunca quise. Porque si alguien necesita ser salvado aquí, soy yo. De esta vida antes de ti. De la absurda idea de que el amor tenía que doler para ser real. De la creencia de que los grandes romances existían solo en los libros.

Pero aquí estás. Y aquí estoy yo. Y si algo he aprendido, es que a veces, lo más hermoso no es encontrar el amor. Es permitirnos ser encontrados por él.

Así que esto es lo que tengo para ti: mi risa en los días malos, mi paciencia en tus tormentas, mis silencios cuando los necesites y mi voz cuando el mundo parezca demasiado ruidoso. No prometo ser perfecto, pero sí prometo ser verdad. Y si me dejas, si me das la oportunidad, te prometo que nunca seré un desengaño más en tu lista.

Solo quiero ser el último nombre que pronuncies cuando pienses en todo lo que merecías."

Candela se quedó en silencio, con los ojos encharcados y la garganta cerrada.

Alejandro la miró con el corazón en la mano.

—No tienes que decir nada. Solo dime si esto es suficiente para quedarte.

Candela sintió el pecho a punto de explotar.

Y entonces, lo besó.

No fue un beso como los demás.

Fue el beso de la certeza absoluta.

Porque en ese momento supo que se quedaría. Que había encontrado su historia en la historia de él.

Que por primera vez en su vida, no tenía miedo.

Que, contra todo pronóstico... el amor valía la pena.

Epílogo: Dos meses después

Dos meses después, Alejandro y Candela eran felices.

El universo les había dado el amor que nunca habían pedido, pero que necesitaban.

Y todo iba de maravilla...

HASTA QUE...

En medio de la boda de Iván, la puerta de la iglesia se abrió de golpe.

— ¡NOOO!

Alejandro y Candela se miraron, horrorizados.

—Dime que no. —susurró Candela.

—Sí. —susurró Alejandro.

Porque ahí estaba Valeria.

Vestida con gafas de sol, un abrigo largo y una pancarta gigante que decía "ALEJANDRO, ELLA TE ENGAÑA".

Iván casi llora de risa. Andrea sacó el móvil.

Y Valeria se subió a una de las bancas como si estuviera en el desenlace de una novela dramática.

— ¡ESTE AMOR DEBERÍA HABER SIDO MÍO!

Candela cerró los ojos y contó hasta diez.

—Valeria, cariño... déjalo ir.

— ¡No puedo!

— ¿Valeria? —Andrea cruzó los brazos—. ¿Estás borracha?

Valeria frunció el ceño.

— ¿Cómo supiste?

Andrea suspiró.

—Porque eres dramática, pero normalmente no a este nivel.

Valeria hizo una pausa dramática.

— ¡ME VOY!

Y entonces, en el momento más surrealista de todos, se desmayó.

Silencio.

Iván no podía respirar de la risa. Candela se masajeó las sienes.

— ¿Alguien llame a un taxi?

Alejandro negó con la cabeza y la abrazó.

—Bienvenida a nuestra historia de amor.

Candela rio y lo besó.

Porque sí, su historia estaba llena de caos.

Pero era suya.

Y era perfecta.

FIN.

Gracias por haberme acompañado en la historia de Candela y Alejandro. Saber que los lectores disfrutan con nuestras obras, es lo que nos impulsa a seguir escribiendo.

Con toda mi gratitud y cariño

Mona Harris

INDICE

[Y DE REPENTE... TINDER](#)

[Amor y Otros Desastres Algorítmicos](#)

[Capítulo 1: Candela y la Búsqueda del Amor Perdido](#)

[Capítulo 2: Alejandro y el Arte del Desapego](#)

[Capítulo 3: Candela y el festival de las luciérnagas estrelladas](#)

[Capítulo 4: Alejandro y su idea de Sobrevivir](#)

[Capítulo 5: El Amor es una Trampa](#)

[Capítulo 6: La Cena del Pesimismo](#)

[Capítulo 7: El Payaso de la pista](#)

[Capítulo 8: Pegados al Desengaño](#)

[Capítulo 9: La Cena de la Revelación](#)

[Capítulo 10: La Belleza de la Honestidad \(O la Falta de Ella\)](#)

[Capítulo 11: Cruce de Caminos](#)

[Capítulo 12: El Derecho de Valeria](#)

[Capítulo 13: Noche en el Paraíso del Desengaño](#)

[Capítulo 14: Cena para Cuatro](#)

[Capítulo 15: El Plan del Amigo Casado](#)

[Capítulo 16: Un Puente entre Dos Mundos](#)

[Capítulo 17: La Chispa y el Eco](#)

[Capítulo 18: Las Aventuras Culturales de una Desengañada](#)

[Capítulo 19: Talleres del Absurdo](#)

[Capítulo 20: Ayahuasca y el Viaje al Corazón del Surrealismo](#)

[Capítulo 21: Los Cuencos, las Vibraciones y el Despertar del Chakra cabra](#)

[Capítulo 22: El Hombre de las Mil Caras \(duras\)](#)

[Capítulo 23: Un Reencuentro Inesperado](#)

[Capítulo 24: El Retorno de Valeria \(Y Su Sed de Venganza\)](#)

[Capítulo 25: La Fiesta y la Locura](#)

[Capítulo 26: Cada vez más cerca](#)

[Capítulo 27: El Destino juega con los dados de Dios](#)

[Capítulo 28: Fuera de Control](#)

[Capítulo 29: El Viento trae Revelaciones](#)

[Capítulo 30: Un Beso...](#)